



Hibridez, autoglorificación y transculturación en *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca¹

Nicolas Balutet
Universidad de Toulon (Francia)

RESUMEN:

Este artículo sobre *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca consta de tres partes. La primera analiza el carácter híbrido de la obra, entre historia y literatura. Luego, se intenta demostrar que la *Relación* remite a un cuidadoso proyecto de autoglorificación del antiguo tesorero real que sigue una doble dirección: heroización y santificación. Por fin, si la obra fue escrita para exaltar al conquistador fracasado, trasparecen en el texto los signos de una evolución ontológica del autor.

PALABRAS CLAVE: Etnografía, literatura, heroización, santificación, identidad

ABSTRACT:

This article about Álvaro Núñez Cabeza de Vaca's *Naufragios* consists of three parts. The first one analyses the hybrid character of the work, between history and literature. Then, the second tries to demonstrate that the *Relación* consists of a careful project of self-glorification of the former royal treasurer who follows a double direction: heroization and sanctification. Finally, if the work was written to exalt the failed conqueror, appear in the text the signs of an ontological evolution of the author.

KEYWORDS: Ethnography, literature, heroization, sanctification, identity

Introducción

Álvar Núñez Cabeza de Vaca, tercer hijo de una hermandad de seis, nace entre 1488 y 1490 en Jerez de la Frontera en Andalucía en una familia de la nobleza media (Sancho de Soprano, 1947: 80; 1963). Descendiente de un conquistador de las Canarias por el lado paterno (su abuelo Pedro de Vera) y, por el lado materno, de un pastor ennoblecido después de la famosa batalla de Las Navas de Tolosa en 1212, momento decisivo de

1.- Agradecimientos a Rolena Adorno, Silvia Arroyo, David Bost, Estela Castillo Hernández, Daniel Fernández, Wilfried Floeck, José García-Romeu, Jacqueline C. Nanfíto, Juan Francisco Maura, David Rojinsky, César Valverde y Gustavo Verdesio.

la Reconquista², pierde a sus padres al final de su adolescencia³ antes de participar en varias empresas militares: en Ravena en 1512 cuando las tropas españolas que vienen a ayudar al Papa Julio II son vencidas por los franceses (Levin Rojo, 2004: 137); durante la reconquista de la isla tunecina de Djerba en 1520 (Levin Rojo, 2004: 137)⁴; y también, posiblemente, en Nápoles, en Navarra y en Sevilla en el momento de la rebelión de las Comunidades de Castilla en 1520 (Menget, 1980: 9). En 1513, entra al servicio del duque de Medina Sidonia, se casa en 1520 con una sevillana llamada María Marmolejo (Pupo-Walker, 1992a: 29), antes de ser nombrado en 1527 tesorero real y alguacil mayor, es decir, un auxiliar de justicia, durante la expedición de Pánfilo de Narváez en Florida⁵. Enrique Pupo-Walker (1992a: 24) se interroga sobre la concesión de esta «promoción» —Álvar Núñez Cabeza de Vaca es oficialmente el número dos de esta empresa— y la atribuye a sus «prerrogativas familiares».

Esta expedición se inscribe en el prolongamiento de viajes exploratorios precedentes. «Descubierta» en 1512 por el Gobernador de Puerto Rico, Juan Ponce de León, el día de las Pascuas floridas, de ahí su nombre, Florida fue objeto de varios intentos de acercamiento y/o de conquista sin éxito: Diego Miruelo en 1516, Francisco Hernández de Córdoba en 1517, Juan Ponce de León de nuevo en 1521 cuando pierde la vida⁶. Es bajo estos auspicios fúnebres como empieza el viaje de Álvar Núñez Cabeza de Vaca en junio de 1527. Después de salir de Sanlúcar de Barrameda en España, la expedición, que cuenta con cinco barcos y 600 personas, se fija primero en Santo Domingo donde deserta más de un centenar de hombres y luego en Cuba donde un huracán pone en peligro a las tropas y estropea dos naves. Forzados a quedarse en Trinidad hasta finales de febrero de 1528, los 400 hombres y los 80 caballos tocan las tierras de Florida durante el mes de abril siguiente. Continúan las desventuras: nuevas tempestades, encuentros con indígenas belicosos, división de las tropas en dos grupos, hambre, nueva separación, etc. Al cabo de algunas semanas, sólo queda un puñado de españoles, de los cuales sólo cuatro llegarán a encontrar a los suyos al cabo de una errancia de ocho años: Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso

2.– Su antepasado, pastor humilde llamado Martín Alhaja, habría ayudado a los cristianos a caer sobre las numerosas tropas moras del califa Muhammad an-Nasir colocando una cabeza de vaca en el camino que tomar (Levin Rojo, 2004: 136; Mariani, 2012: 30-31; Litvak, 2013: 368; Bandelier, 2016: 6).

3.– Su padre Francisco Núñez de Vera muere en 1506 y su madre, Teresa Cabeza de Vaca y Zurita, tres años más tarde.

4.– En el capítulo VII de *Naufragios*, encontramos una alusión a esta isla: «las casas están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves» (97). Todas las referencias en español remiten a la edición de Juan Francisco Maura (Núñez Cabeza de Vaca, 2000).

5.– Un solo texto evoca a Álvar Núñez Cabeza de Vaca en aquella época. Se trata de una corta descripción, probablemente hiperbólica, escrita por un contemporáneo, Juan de Ocampo, autor de la *Gran Florida*: «Animoso, noble, arrogante, los cabellos rubios y los ojos azules y vivos, barba larga y crespa, mozo de treinta y seis años, agudo de ingenio, era Álvar un caballero y un capitán a todo lucir; las mozas del Duero enamorábanse de él y los hombres temían su acero» (Maura, 2000: 56-57).

6.– En el capítulo IV, los indígenas enseñan a los españoles «muchas cajas de mercaderes de Castilla, y en cada una de ellas estaba un cuerpo de hombre muerto, y los cuerpos cubiertos con unos cueros de venado pintados. [...] Hallamos también pedazos de lienzo y de paño, penachos que parecían de la Nueva España» (86-87). Estos cadáveres misteriosos, acerca de los cuales añade Álvar Núñez Cabeza de Vaca en el último capítulo que «eran cristianos» (221), son probablemente las víctimas de una de estas expediciones anteriores o, como sugiere también Juan Francisco Maura (2011: 322), de «cualquier otra expedición menos conocida o incluso clandestina», a no ser que se trate «de un recurso narrativo del autor de *Naufragios* para dar más suspense y ambiente de misterio a su narración a la vez que [...] un halo de premonición a lo que acontecerá con su armada».

del Castillo, Andrés Dorantes y Estebanico, un esclavo afrodescendiente ou berberisco procedente de Azamor en Marruecos.

Los tres españoles habrían escrito desde 1536 una *Relación conjunta* presentada delante de la Audiencia de Santo Domingo. Es en este informe, hoy desaparecido, en el que se basan algunos pasajes de la *Historia General y Natural de las Indias* en la cual Gonzalo Fernández de Oviedo relata la expedición fallida de Pánfilo de Narváez y el periplo de los naufragos. Por su parte, cuando regresa a España, Álvar Núñez Cabeza de Vaca se pone a escribir su *Relación [...] de lo acaescido en las Indias en la armada donde iba por gobernador Pánfilo de Narvaez...* cuya primera versión se publica en 1542, antes de una segunda en 1555⁷, la cual cambió de título en 1749 con la edición de Andrés González Barcia⁸. Una relación es un discurso historiográfico que se propone decir la verdad sobre las acciones emprendidas, reunir informaciones sobre los pueblos encontrados y las cosas vistas y que se destina sobre todo a las autoridades reales y a los funcionarios del Consejo de Indias. Desde el *Proemio*, tipo de prólogo raro y atípico en una crónica de Indias (Lewis, 1982: 682-683; Stoll, 1994: 83)⁹, Álvar Núñez Cabeza de Vaca expone claramente su intención de respetar este imperativo de veracidad anticipando de antemano posibles críticas acerca del carácter inauténtico e inventado de su relato: «yo escribí con tanta certinidad, que aunque en ella se lean algunas cosas muy nuevas, y para algunos muy difíciles de creer, pueden sin duda creerlas: y creer por muy cierto, que antes soy en todo más corto que largo» (76). Asimismo, al final del capítulo I, como prueba de su buena fe, el autor vuelve sobre el envío a Carlos Quinto de un documento sobre el episodio inicial del huracán: «En estas partes nunca otra cosa tan medrosa se vio; yo hice una provanza de ello, cuyo testimonio envié a Vuestra Majestad» (80). Sin embargo, por más que el antiguo tesorero real afirme que dice la verdad, que su discurso se inscribe simplemente en el registro burocrático, al sustituirse de alguna manera al trabajo del escribano Jerónimo de Alaniz fallecido durante la expedición, hay que ser prudente.

Todos estos relatos de conquista o de viaje que se proponen contar una empresa militar, un itinerario geográfico a través de territorios todavía no explorados, el encuentro con pueblos desconocidos, la expresión de emociones sentidas, etc., son ambiguos ya que oscilan entre documentos etnográficos y textos literarios. Si su primera vocación es informar al lector acerca del mundo extraño descubierto y evocar los detalles verídicos del avance de la exploración y de la conquista, estas crónicas revisten también los adornos de la ficción, no sólo por la «literarización» del relato, es decir, la redacción de los apuntes de viaje (Weil, 1984 : 57), sino también porque los cronistas proyectaron en este nuevo mundo sus fantasías y su imaginario. Jaroslava Maresová (2013: 162-163) considera «dual»

7.- Mientras tanto, en 1540, es nombrado Gobernador, Capitán general y Juez del Río de la Plata donde debe hacer frente a la oposición de los españoles que no aprecian las medidas tomadas y lo expulsan a España. Habría fallecido entre 1556 y 1564 en Sevilla sin que se pueda afirmar con certeza si vivió en la miseria (Pupo-Walker, 1992a: 41) o con todos los honores (Adorno et Pautz, 1999: I. 406; Lovell, 2001: 284-285).

8.- El cambio de título, que se inspira en el índice de la edición de 1555 donde aparece el término «naufragios» (Pupo-Walker, 1989: 77; Docter, 2008: 21), que debe entenderse aquí no sólo en su sentido de drama marítimo sino también en el de desastre, de calamidad, obedece sin lugar a dudas a un imperativo de «marketing» después del éxito de *Robinson Crusoe* publicado en 1719 y, más generalmente, de la literatura de viaje muy de moda en España y Portugal (Bruce-Novoa, 1993: 293).

9.- La elección del término «proemio» remite, según Alberto Porqueras Mayo en *El prólogo como género literario*, a los «prólogos de prosa histórica o doctrinal» (Marrero-Fente, 1999 : 224).

este tipo de relatos, es decir que «lo literario y lo documental en él son inseparables, son como dos caras de una moneda». Así, desde los años 1980, numerosos investigadores han subrayado que *Naufragios* es un texto híbrido (Carreño, 1987: 512; Ortiz, 1995: 18; Juan-Navarro, 1999: 202; Prieto Calixto, 2001: 108; Jiménez Núñez, 2005: 120; Gómez Galisteo, 2013: 158; Litvak, 2013: 368). En efecto, además de su carácter histórico, etnográfico y antropológico, la obra de Álgar Núñez Cabeza de Vaca parece desplegar todo un conjunto de elementos que la acerca a géneros literarios tales como la novela picaresca, los relatos de viaje y de cabellería o la novela bizantina. Sin llegar a decir, con Giuseppe Bellini (2010: 21), que *Naufragios* es «una apasionante novela», cabe reconocer que su estatuto plantea problema y necesita un examen previo.

1. Una obra híbrida

Tradicionalmente, la crítica ha considerado fiel a la realidad histórica y etnográfica un gran número de informaciones contenidas en *Naufragios*. Es verdad que Álgar Núñez Cabeza de Vaca tiende no sólo a hacer la diferencia entre las poblaciones indígenas del sureste de los Estados Unidos y del norte de México, apartándose de las descripciones habituales que hacen de ellas masas anónimas y homogéneas, sino que cita también a lo largo de su obra unos veinte pueblos, algunos de los cuales hoy han desaparecido¹⁰. T. N y T. J Campbell (1981), Roberto Ferrando (1984) y Enrique Pupo-Walker (1992a) los colocan en sus grupos lingüísticos y culturales. Asimismo, en un texto que recuerda a veces algunos fragmentos de la *Historia natural* de Plinio el Viejo según Laura Uzcátegui M. (2010: 255)¹¹, el náufrago, como «observador participante», antes que interpretar o juzgar, describe numerosas costumbres indígenas en diversos campos: medicina, comercio, artes de la guerra y de la caza, ceremonias matrimoniales y funerarias, prácticas médicas, costumbres alimenticias, etc. La *Relación* presenta, por lo tanto, un gran interés etnográfico. Si no se puede afirmar que el antiguo tesorero real es un «etnólogo nato» como afirman Bernard Lesfargues y Jean-Marie Auzias (1979: 25) ya que no está a la altura de alguien como Bernardino de Sahagún que dedicó toda su vida en comprender las costumbres de parte del mundo mesoamericano, es un observador curioso.

Por otra parte, se debe a Álgar Núñez Cabeza de Vaca una nueva mirada —positiva— sobre los pueblos encontrados. Desde el «descubrimiento» y los inicios de la colonización,

10.— Son los siguientes: Capoques (capítulo XV) o Coaques (capítulo XXVI), Han (capítulo XV), Chorrucos (capítulo XXVI) o Charrucos (capítulo XVI), Doguenes (capítulo XXVI), Deaguanes (capítulo XVI) o Aguenes (capítulo XXIV), Mariames (capítulo XVII), Quevenes (capítulo XVII), Yguazes (capítulo XVIII), Anagados (capítulo XIX), Camones (capítulo XIX), Avavares (capítulo XX), Cutalches (capítulo XXII) o Cutalchiches (capítulo XXII), Malicones (capítulo XXII) o Maliacones (capítulo XXII), Coayos (capítulo XXII), Susolas (capítulo XXII), Atayos (capítulo XXII), Arbadados (capítulo XXII), Mendica (capítulo XXVI), Guaycones (capítulo XXVI), Acubadaos (capítulo XXVI), Quitoles (capítulo XXVI), Comos (capítulo XXVI) y Primahaitu (capítulo XXXIV).

11.— La investigadora escribe que «[e]n Plinio, encontramos el antecedente de este sistema usado por Cabeza de Vaca al narrar la geografía de la Florida partiendo de la costa hacia el interior de la Tierra Firme, deteniéndose luego en cada pueblo para explicar sus accidentes geográficos, la actividad de las ciudades encontradas, la gente que en ellas vive, sus costumbres «raras», la flora (comenzando por la vegetación más prominente y concluyendo con las especies particulares y más pequeñas, incluyendo, además, información sobre las propiedades curativas de cada planta), y la fauna (comenzando por la terrestre, siguiendo por la acuática y culminando con la aérea, siguiendo el mismo orden de tamaño establecido para la flora)».

se describen a los indígenas como salvajes bárbaros, sodomitas y antropófagos, lo que justifica la conquista y su esclavitud, mientras que los españoles simbolizan, *a contrario*, la civilización, la superioridad cultural y moral. Si hay críticas hacia los indígenas en *Naufragios* —Álvar Núñez Cabeza de Vaca relata, por ejemplo, en los capítulos XVI y XVIII la muerte de Hernando de Esquivel por un sueño, o subraya su tendencia a robar y a ser «grandes amigos de novelas y muy mentirosos» (181) o «de muy mala inclinación y costumbres» (201)—, la obra tiene muchos más pasajes laudatorios. Así, se citan varias cualidades como la simpatía: «cada uno de ellos me dio una flecha, que es señal de amistad» (118), «es la gente del mundo que más aman a sus hijos y mejor tratamiento les hacen» (126); la empatía: «Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos, con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor y lástima que hubieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad, que lejos de allí se podía oír» (121); la generosidad: «por señas nos dijeron que a la mañana volverían y nos traerían de comer, porque entonces no lo tenían» (118), «vinieron a nosotros, como lo habían prometido, y nos trajeron mucho pescado y de unas raíces que ellos comen» (119), «nos volvieron a buscar y a traernos de comer» (120), «por el gran frío que hacía, y temiendo que en el camino alguno no muriese o desmayase, proveyeron que hubiese cuatro o cinco fuegos muy grandes puestos a trechos, y en cada uno de ellos nos calentaban» (121); la destreza y la resistencia físicas: «Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza. Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once o doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran» (100), «Muchas veces se pasan de parte a parte con las flechas y no mueren de las heridas si no toca en las tripas o en el corazón; antes sanan presto. Ven y oyen más y tiene más agudo sentido que cuantos hombres yo creo que hay en el mundo. Son grandes sufridores de hambre y sed y de frío, como aquellos que están más acostumbrados y hechos a ello que otros» (170), «Es la gente de mejores cuerpos que vimos, y de mayor viveza y habilidad y que mejor nos entendían y respondían en lo que preguntábamos» (190); sus tácticas guerreras: «Toda es gente de guerra y tienen tanta astucia para guardarse de sus enemigos como tendrían si fuesen criados en Italia y en continua guerra» (167); etc.

Otro hecho notable que contradice el discurso habitual sobre los indígenas: en dos ocasiones, al principio del capítulo XIV y al final del capítulo XVII, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca relata casos de antropofagia entre los españoles: «cinco cristianos que estaban en el rancho en la costa llegaron a tal extremo, que se comieron los unos a los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese¹². Los nombres de ellos son éstos: Sierra, Diego López, Corral, Palacios, Gonzalo Ruiz» (125)¹³; «y los que morían, los otros los hacían tasajos; y el último que murió fue Sotomayor, y Esquivel lo hizo tasajos, y comiendo de él se mantuvo hasta primero de marzo» (141). Verdaderos o falsos, estos pasajes resultan muy interesantes. En efecto, en las mentalidades europeas, acusar a los españoles de canibalismo es quitarles toda forma de humanidad, relegarles al estado de salvajismo. La situación es aún más irónica cuando el naufrago añade que «se alteraron

12.— Notaremos el humor lleno de fatalismo de estas últimas palabras.

13.— Nombrar a los antropófagos quizás traduzca una voluntad de dar credibilidad al testimonio.

tanto los indios, y hubo entre ellos tan gran escándalo, que sin duda si al principio ellos lo vieran, los mataran, y todos nos viéramos en grande trabajo» (125). Es un mundo al revés lo que instaura aquí Álgvar Núñez Cabeza de Vaca tanto más cuanto que, según el texto, en ningún momento a pesar del hambre, las poblaciones indígenas practican la antropofagia que, desde Cristóbal Colón, justifica entre otras razones la guerra contra los pueblos americanos y su sometimiento (Pastor, 1983: 313-314).

Entre los elementos etnográficos importantes de *Naufragios* está la atención que Álgvar Núñez Cabeza de Vaca presta a la descripción de las mujeres, a sus actividades y costumbres. Así, según los pueblos encontrados, apunta sus costumbres vestimentarias: «muchos cueros de venados, y entre ellos algunas mantas de hilo pequeñas, y no buenas, con que las mujeres cubren algo de sus personas» (96); «Toda la gente de esta tierra anda desnuda; solas las mujeres traen de sus cuerpos algo cubierto con una lana que en los árboles se cría. Las mozas se cubren con unos cueros de venados» (130); «Las mujeres andan cubiertas con unos cueros de venado» (190); «Traen unas camisas de algodón, que llegan hasta las rodillas, y unas medias mangas encima de ellas, de unas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan en el suelo [...]; son abiertas por delante y cerradas con unas correas; andan calzados con zapatos» (194); «Las mujeres cubren sus vergüenzas con yerba y paja» (197). Álgvar Núñez Cabeza de Vaca se interesa también por algunas prácticas sexuales y matrimoniales. Señala el uso de la poligamia entre los hombres que hacen de médicos¹⁴, así como la existencia de tabúes en torno a la menstruación y al embarazo: «Desde la isla de Mal Hado, todos los indios que a esta tierra vimos tienen por costumbre desde el día que sus mujeres se sienten preñadas no dormir juntos hasta que pasen dos años que han criado los hijos» (166); «cuando las mujeres están en su costumbre no buscan de comer más de para sí solas, porque ninguna otra persona come de lo que ellas traen» (173). Explica asimismo que, entre los mariames y los iguaces, el matrimonio está prohibido entre los miembros de una misma familia, lo que los incita a «comprar» mujeres en la tribu enemiga. El «divorcio» o, más bien, el repudio, parece ser una costumbre frecuente en estos dos pueblos: «no dura el casamiento más de cuanto están contentos, y con una higa deshacen el casamiento» (143-144). En otras etnias, la presencia de niños es determinante en la actitud de la pareja: «Todos éstos acostumbran dejar sus mujeres cuando entre ellos no hay conformidad, y se tornan a casar con quien quieren. Esto es entre los mancebos, mas los que tienen hijos permanecen con sus mujeres y no las dejan» (166). El antiguo náufrago describe, por fin, con muchos detalles ciertas prohibiciones relativas a los recién casados:

Cuando viene que alguno casa su hija, el que la toma por mujer, desde el día que con ella se casa, todo lo que matare cazando o pescando, todo lo trae la mujer a la casa de su padre, sin osar tomar ni comer alguna cosa de ello, y de casa del suegro le llevan a él de comer. En todo este tiempo el suegro ni la suegra no entran ni en su casa, ni él ha de entrar en casa de los suegros ni cuñados; y si acaso se toparen por alguna parte, se desvían un tiro de ballesta el uno del otro, y entretanto que así van apartándose, llevan la cabeza baja y los ojos en tierra puestos; porque tienen por cosa mala verse ni hablarse. Las mujeres tienen libertad para comunicar

14.- «Los físicos son los hombres más libertados; pueden tener dos, y tres, y entre éstas hay muy gran amistad y conformidad» (127).

y conversar con los suegros y parientes, y esta costumbre se tiene desde la isla hasta más de cincuenta leguas por la tierra adentro. (127-128)

En *Naufragios*, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca relata cuánto las mujeres que viven en la isla de Mal Hado «son para mucho trabajo» (126), lo mismo que entre los iguaces «porque de veinticuatro horas que hay entre día y noche, no tienen sino seis horas de descanso, y todo lo más de la noche pasan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen. Y desde que amanece comienzan a cavar y a traer leña y agua a sus casas y dar orden en las otras cosas de que tienen necesidad» (145). Parece que estas actividades son también frecuentes en otros pueblos¹⁵. Entre los iguaces, son las mujeres quienes llevan las cargas: «no se cargan los hombres ni llevan cosa de peso; mas llévanlo las mujeres y los viejos» (144). Por fin, las mujeres desempeñan funciones de mediadoras durante los conflictos de personas o las guerras entre pueblos enemigos: «cuando en algunos pueblos riñen y traban cuestiones unos con otros, apuñéanse y apaléanse hasta que están muy cansados, y entonces se desparten. Algunas veces los desparten mujeres, entrando entre ellos, que hombres no entran a despartirlos» (166); «vinieron las mujeres de los que llamaban quevenes, y entendieron entre ellos y los hicieron amigos, aunque algunas veces ellas son principio de la guerra» (168); «las mujeres pueden contratar aunque haya guerra» (187).

Juan Francisco Maura es el único gran especialista de *Naufragios* a poner en tela de juicio la idea según la cual la obra aporta conocimientos etnográficos. Para el investigador, se sigue presentando a las poblaciones indígenas como una masa anónima ya que en toda la obra sólo aparece un nombre autóctono (Dulchanchelín) (Maura, 1988: 156); los nombres de algunos pueblos le parecen dudosos y, quizás, fruto del imaginario del autor (Maura, 1988: 67-68); se interroga sobre las pocas informaciones proporcionadas acerca de los pueblos del interior de las tierras (Maura, 2011b: 319-320) o sobre la ausencia total de alusiones a los caimanes, tan frecuentes en Florida (Maura, 2011a: 253). Por mi parte, para seguir momentáneamente la línea de Juan Francisco Maura, subrayaré los pocos vocablos indígenas en el texto del antiguo náufrago. Sólo es el caso de los términos *buhío*, *tuna* y *mezquiquez* (mezquite): «como llegamos a los buhíos o casas que habíamos visto de los indios» (84); «tomaba el buhío o casa» (159-160); «Hay casas de asiento, que llaman buhíos» (197); «tunas. Ésta es una fruta que es del tamaño de huevos» (138); «zumo de las tunas [...]. Es dulce y color de arropo» (149); «Este mezquiquez es una fruta que [...] es a la manera de algarrobas» (174). Álvaro Núñez Cabeza de Vaca suele contentarse con una comparación sin dar el nombre autóctono: «palmitos de la manera de los de Andalucía» (91); «palmitos bajos, de la manera de los de Castilla» (97); «las casas están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves» (97); «una manta de martas cebelinas [que] tienen un olor que no parece sino de ámbar y almizcle» (109); «unas raíces que ellos comen, y son como nueces» (119); «una fruta que es como frísoles» (133); «aquellas nueces [...]. Son del tamaño de las de Galicia» (137). El antiguo náufrago se lanza también en algunas descripciones como en el caso de los animales por ejemplo. *Naufragios* debe de ser el primer texto en aludir al bisonte, calificado de «vaca»: «Alcanzan aquí vacas, y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y pareceme que serán del tamaño de las de España. Tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy

15.- «las mujeres iban cargadas de agua [...] y desde a un poco topamos dos mujeres cargadas» (179).

largo, merino, como una bernia; unas son pardillas, y otras negras, y a mi parecer tienen mejor y más gruesa carne que las de acá» (147). Pasa lo mismo con la zarigüeya: «vimos un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los trae allí, hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer, y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en una bolsa» (97-98). Aunque comparto numerosos puntos de vista con Juan Francisco Maura, me parece, sin embargo, que no se puede poner en tela de juicio la exactitud de algunas informaciones etnográficas. Si *Naufragios* es una obra muy trabajada desde el punto de vista literario (salvo la lengua) y responde sin lugar a dudas a un objetivo de autovaloración, no creo que el conjunto de los datos sobre los pueblos indígenas responda a un invento o a una distorsión de la verdad.

Además de esta base etnográfica, *Naufragios* hace eco a numerosos géneros literarios, como la novela de caballería del cual bien se sabe que constituye uno de los bagajes culturales de los cronistas. Tomemos el ejemplo de la isla de Mal Hado, probablemente la actual isla tejana de Galveston. Si no se puede poner en tela de juicio la difícil «estancia» de Álvar Núñez Cabeza de Vaca en aquel lugar, es interesante notar que el nombre negativo de la isla es una denominación dada posteriormente después del regreso del naufrago a la península ibérica. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo subrayó desde la publicación de la primera versión impresa de *Naufragios* que no se evoca así esta isla en la *Relación conjunta* presentada por Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo y Andrés Dorantes ante la *Real Audiencia* de Santo Domingo: «Ni quiero consentir al Cabeza de Vaca el nombre que en su impresión da a aquella isla, que llama de Mal Hado, pues en la primera relación no le pusieron nombre, ni él se lo puede dar» (Oviedo, 1851: Volumen III, Libro XXXV, Capítulo 7, 615). Este bautizo onomástico posterior, que subraya una vez más las dificultades a las que Álvar Núñez Cabeza de Vaca tuvo que hacer frente, remite a una famosa novela de caballería, el *Palmerín de Olivia* (también conocido con el nombre de *Palmerín de Oliva*, primera edición en 1511), como lo demostró Javier Roberto González. En efecto, en esta obra se encuentra la isla de Malfado que presenta numerosas analogías con la del antiguo tesorero de la expedición de Pánfilo de Narváez. Según el estudio de Javier Roberto González (1999 : 58-60), existen nueve reminiscencias o alusiones:

- 1) Se trata en ambos casos de una isla costera [...].
- 2) Ambas islas, desde el punto de vista de los respectivos textos, se sitúan en territorios de paganos o infieles [...]
- 3) Tanto al Mal Hado como a Malfado se llega por primera vez como consecuencia de una tormenta o de vientos adversos. [...]
- 4) Las dos islas causan una impresión inicialmente favorable, para revelarse después como sitios hostiles y desdichados. [...]
- 5) Mal Hado y Malfado son lugares donde: a) se destruyen las embarcaciones de los que [...] llegan; b) éstos quedan, consecuentemente, varados e impedidos de partir. [...]
- 6) Mal Hado y Malfado son lugares [...] donde los seres humanos sufren degradación y menoscabo con su condición de tales, ya por los efectos de la tempestad, el hambre, el frío y la enfermedad, ya por los encantamientos que los convierten

en perros y ciervos. [...] Como efecto de estas degradaciones en la dignidad humana, tanto en Malfado como en Mal Hado ocurren llantos y lamentaciones de quienes, a salvo de las desgracias, las contemplan y compadecen [...]

7) Álvaro Núñez y Palmerín reencuentran en Mal Hado/Malfado a antiguos compañeros y amigos, perdidos antes de llegar ellos a la isla. [...]

8) [...] Cabeza de Vaca y a su modo Palmerín hace posible la salida de la isla de un compañero, cuando cruza desde tierra firme [...] para convencer a Lope de Oviedo de que lo acompañe [...]

9) Finalmente, está la capital analogía que se establece entre la magia —encantamientos y desencantamientos— ocurridos en Malfado, y los aparentes milagros que realizan Álvaro Núñez y los suyos para curar las enfermedades de los indios en Mal Hado [...].

Además de este ejemplo, es la (auto)heroización de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, de la que hablaré más adelante, la que constituye el paralelo más significativo con las novelas de caballería.

Naufragios recuerda también la novela bizantina. En su artículo «La novela bizantina en España» señalado por Juan Francisco Maura (1988: 23), Emilio Carilla (1966: 285-286) destaca nueve características principales de este género literario:

1. Preponderancia de aventuras sobre un paisaje cambiante, paisaje dentro del cual suele ocupar parte importante el mar. Con su secuela de naufragios, raptos, piratas, etc. Con separaciones, encuentros, reconocimientos, equívocos...
2. Eje amoroso, vinculado a los protagonistas, y puesto a prueba por esas separaciones y desencuentros.
3. Abundancia de personajes episódicos; movimiento inusitado.
4. Sueños y visiones (y presencia circunstancial de la magia).
5. Toques de humor (menos quizás en el asunto que en la técnica narrativa).
6. Relato *in media res*: vale decir, comienzo por un episodio avanzado, para ir descubriendo después la iniciación y el encadenamiento.
7. Fondo moral, con respaldo de sentencias y discursos. Elementos religiosos.
8. Verosimilitud.
9. Final venturoso; paz, premio, como compensación a tantas peripecias («trabajos») pasadas.

Salvo el relato *in media res* y la dimensión amorosa totalmente ausente en *Naufragios*, todos los elementos señalados por el investigador argentino se encuentran en la obra de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. Tomemos, por ejemplo, el primer punto. Además de los naufragios y de la aparición de piratas franceses en el penúltimo capítulo, el conjunto del relato traduce el peligro propio de cualquier empresa aventurera y se acompaña de una serie de separaciones y reencuentros. Trinidad Barrera López y Carmen de Mora Valcárcel (1983: 360) tienen razón en hablar aquí de *agnórisis*. Como la novela bizantina donde es frecuente este procedimiento, algunos pasajes de la obra evocan, en efecto, escenas de reconocimiento en las que, después de algunas vacilaciones, se constata la identi-

dad de los personajes. Es el caso, por ejemplo, en el capítulo XIII: «Y llegados a nosotros, se espantaron [Andrés Dorantes y Alonso del Castillo] mucho de vernos de la manera que estábamos, y recibieron muy gran pena por no tener qué darnos; que ninguna otra ropa traían sino la que tenían vestida» (123). En el capítulo XVII, después de varios años de separación, a Andrés Dorantes le sorprende mucho volver a encontrar a Alvar Núñez Cabeza de Vaca: «y cuando me vio fue muy espantado, porque había muchos días que me tenían por muerto, y los indios así lo habían dicho» (157). El efecto resulta aún más fuerte en el capítulo XXXIII durante el encuentro entre Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y los españoles de Nuño de Guzmán: «otro día de mañana alcancé cuatro cristianos de caballo, que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban ni acertaban a preguntarme nada» (202).

Al lado de las novelas de caballería y bizantinas, es interesante señalar la relación entre *Naufragios* y el género picaresco. Si éste nace oficialmente en 1554 con la publicación del *Lazarillo de Tormes*, es decir después de la primera edición de la *Relación* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, hay que decir que *Naufragios* presenta numerosos rasgos característicos de esta literatura naciente. Además del relato autobiográfico, primer marcador importante del género, cabe subrayar el peso de la narración de las dificultades de la vida cotidiana como los esfuerzos físicos, los peligros, el miedo, el frío y, sobre todo, el hambre, *leitmotiv* presente en casi todo el texto. David Lagmanovich (1978: 29) contó así 46 ocurrencias de la palabra «hambre» en *Naufragios*, sin tomar en cuenta expresiones como «sin hallar otra cosa que comer», «no haber qué comer», «ni tener bastimento alguno», etc. La obra evoca, asimismo, los numerosos cambios de condición, de actividades y de «amos». Entre su trabajo de tesorero real y su ocupación de escritor, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca pasa sucesivamente por el estado de naufrago, de esclavo y, en el capítulo XVI, frente a los malos tratos y al trabajo impuesto por los charrucos, decide huir y encuentra refugio entre otros indios donde «[le] sucedió algo mejor» (133) ya que se convierte en vendedor ambulante, un trabajo que le proporciona una gran libertad:

[...] yo me hice mercader, procuré de usar el oficio lo mejor que supe, y por esto ellos me daban de comer y me hacían buen tratamiento y rogábanme que me fuese de unas partes a otras por cosas que ellos habían menester; [...] y este oficio me estaba a mí bien, porque andando en él tenía libertad para ir donde quería, y no era obligado a cosa alguna, y no era esclavo, y dondequiera que iba me hacían buen tratamiento y me daban de comer por respeto de mis mercaderías, y lo más principal por andando en ello yo buscaba por dónde me había de ir adelante, y entre ellos era muy conocido. (133-134)

Más tarde, el hidalgo y sus tres compañeros de infortunio se vuelven «físicos», es decir, chamanes-médicos. El engaño es también otra característica de la *Relación* y del género picaresco. A ejemplo del pícaro, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca utiliza la mentira haciéndose pasar por chamán, por cierto bajo orden de los mismos indígenas pero también, quizás, como lo veremos más adelante, por evangelizador ante la Corona española. Encontramos también otras similitudes más anecdóticas: hacer de su propia experiencia un ejemplo para otros o la doble condición de huérfano del antiguo tesorero real que, como subraya Andrés Echarri (2007), «fue huérfano de padre, y su situación de naufrago en

las Indias lo sitúa como huérfano simbólico de España, como un niño desamparado y sin guía —el capitán Narváez los abandona— aunque «inocente» de su situación». En cambio, Edgardo Rivera Martínez (1993: 308) tiene razón cuando subraya que el texto de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, al contrario del relato picaresco, no tiene ninguna intención cómica o satírica.

Naufragios parece presentar también reminiscencias de la *Odisea* de Homero, modelo de los futuros relatos de viaje. Además del paralelismo que se puede establecer a partir de los naufragios y de las aventuras resultantes, el alejamiento de los suyos y de su patria, los terribles sufrimientos, los periodos de esclavitud pero también el valor y la resistencia, el regreso después de muchos años, cabe detenerse en un pasaje del capítulo XVII. Álvar Núñez Cabeza de Vaca cuenta un período de esclavitud en casa de un hombre y de su familia que presentan la singular particularidad de ser tuertos: «el cual era tuerto, y su mujer y un hijo que tenía y otro que estaba en su compañía; de manera que todos eran tuertos» (138). Sin evacuar totalmente la posibilidad de una práctica ritual que exige la ablación de un ojo o una enfermedad genética, uno puede preguntarse si dicho episodio no es un guiño... a los Cíclopes que encuentran Ulises y sus compañeros en el canto IX de la *Odisea*. Por otra parte, quizás haya aquí una alusión al tuerto Pánfilo de Narváez, a quien Álvar Núñez Cabeza de Vaca se opone constantemente como Ulises frente a Polifemo, uno de los personajes principales del «país de los Cíclopes». Por fin, creo que Lucía Invernizzi Santa Cruz (1987: 15) tiene razón cuando subraya que el sentido de la estructura circular de *Naufragios*¹⁶ remite a un «proceso de transformación interior, de viaje de iniciación, separación y retorno al origen, consagrado por la prestigiosa tradición del relato del viaje mítico del héroe que tiene su modelo en Ulises, símbolo del hombre que luego de andar extraviado en el mundo, acosado y sometido a rigurosas pruebas que dificultan la búsqueda y el hallazgo del camino hacia su centro, logra salir del laberinto y encuentra su hogar y entonces, *llega a ser otro ser*». Queda por saber si Álvar Núñez Cabeza de Vaca se ha vuelto en este otro o si quiere que así lo creamos. Analizaré este aspecto en la tercera parte de este estudio.

Para concluir, cabe subrayar que la introducción de malos presagios desde el principio de la obra refuerza el suspense y el dramatismo de la acción y, por consiguiente, el cuidado puesto en la escritura del texto, aunque, en este caso particular, no pongo en tela de juicio la palabra de Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Desde el capítulo I, el huracán en Trinidad que destruye los barcos y provoca la muerte de decenas de conquistadores podría indicar que la empresa española es un error:

Otro día de mañana comenzó el tiempo a no dar buena señal, porque comenzó a llover, y el mar iba arreciando tanto, que aunque yo di licencia a la gente que saliese a tierra, como ellos vieron el tiempo que hacía y que la villa estaba de allí una legua, por no estar al agua y frío que hacía, muchos se volvieron al navío. [...] A una hora después de yo salido la mar comenzó a venir muy brava, y el norte

16.— Además de la circularidad de la estructura de *Naufragios*, se han propuesto numerosos esquemas estructurales (Hart, 1974: xxxii; Lewis, 1982: 688; Soren-Triff, 1990: 62-63; Pupo-Walker, 1992b: 83-84; Favata y Fernández, 1993: 17; Ortiz, 1995: 118, 123, 135, 144; Barrera López, 2001: 41; Levin Rojo, 2004: 143; Docter, 2008: 6). Personalmente, dividiría el texto, además del *proemio*, en cuatro partes distintas: 1. La conquista (capítulos I-VII); 2. La lucha por la supervivencia (capítulos VIII-XIX); 3. El periplo (capítulos XX-XXXIII); 4. El regreso (capítulos XXXIV-XXXVIII).

fue tan recio que ni los bateles osaron salir a tierra, ni pudieron dar en ninguna manera con los navíos al través por ser el viento por la proa; de suerte que con muy gran trabajo, con dos tiempos contrarios y mucha agua que hacía, estuvieron aquel día y el domingo hasta la noche. A esta hora el agua y la tempestad comenzó a crecer tanto, que no menos tormenta había en el pueblo que en el mar, porque todas las casas e iglesias se cayeron, y era necesario que anduviésemos siete u ocho hombres abrazados unos con otros para podernos amparar que el viento no nos llevase; y andando entre los árboles, no menos temor teníamos de ellos que de las casas, porque como ellos también caían, no nos matasen debajo. En esta tempestad y peligro anduvimos toda la noche, sin hallar parte ni lugar donde media hora pudiésemos estar seguros. Andando en esto, oímos toda la noche, especialmente desde el medio de ella, mucho estruendo grande y ruido de voces, y gran sonido de cascabeles y de flautas y tamborinos y otros instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la tormenta cesó. En estas partes nunca otra cosa tan medrosa se vio; [...] El lunes por la mañana bajamos al puerto y no hallamos los navíos; vimos las boyas de ellos en el agua, adonde conocimos ser perdidos, y anduvimos por la costa por ver si hallaríamos alguna cosa de ellos; y como ninguno hallásemos, metímonos por los montes, y andando por ellos un cuarto de legua de agua hallamos la barquilla de un navío puesta sobre unos árboles, y diez leguas de allí por la costa, se hallaron dos personas de mi navío y ciertas tapas de cajas, y las personas tan desfiguradas de los golpes de las peñas, que no se podían conocer; halláronse también una capa y una colcha hecha pedazos, y ninguna otra cosa pareció. Perdiéronse en los navíos sesenta personas y veinte caballos. Los que habían salido a tierra el día que los navíos allí llegaron, que serían hasta treinta, quedaron de los que en ambos navíos había. (79-80)

Las tormentas siguientes no hacen más que reforzar este primer presagio natural. Pasa lo mismo en el último capítulo cuando Álvarez Núñez Cabeza de Vaca recuerda una historia sorprendente:

[...] entre los cuales quedaban diez mujeres casadas, y una de ellas había dicho al gobernador muchas cosas que le acaecieron en el viaje, antes que le sucediesen. Ésta le dijo, cuando entraba por la tierra, que no entrase, porque ella creía que él ni ninguno de los que con él iban no saldrían de la tierra; y que si alguno saliese, que haría Dios por él grandes milagros; pero creía que fuesen pocos los que escapasen o no ningunos. [...] Y díjole más, que le rogaba que ella le dijese las cosas que había dicho pasadas y presentes, ¿quién se las había dicho? Ella respondió, y dijo que en Castilla una mora de Hornachos se lo había dicho, lo cual antes que partiésemos de Castilla nos lo había a nosotros dicho, y nos había sucedido todo el viaje de la misma manera que ella nos había dicho. (219-220)

Estas profecías, frecuentes en la literatura española del Siglo de Oro¹⁷, distan de ser insignificantes o risibles. Aquí se trata no sólo de exaltar la figura del antiguo tesorero real —¿la mujer mora de la provincia de Badajoz no pone al eventual superviviente bajo el sello divino, como alguien elegido?— sino también de restar responsabilidades a los españoles por el fracaso de la expedición: ¿qué podían hacer frente a la voluntad divina?

17.— David Herbert Bost (1982: 123-124), por ejemplo, evoca a la «maga» del *Laberinto de la fortuna* de Juan de Mena. Sobre esta obra, léase Balutet (2008).

Además de estas funciones, la alusión profética en la *Relación conjunta* (Pupo-Walker, 1990: 181-182) y su lugar al final de la obra que le confiere un efecto narrativo importante constituyen, en mi opinión, claros indicios de la reescritura posterior hecha por Álvaro Núñez Cabeza de Vaca.

Naufragios se parece, por lo tanto, a una obra híbrida entre historia y literatura pero esto no resulta sorprendente ya que es una característica de las crónicas de Indias. Lo que más sorprende es el empeño con el cual algunos críticos niegan cualquier carácter ficticio a varios episodios de la obra apoyándose a menudo en el estilo. En efecto, el conjunto del texto es más monótono, pobre en figuras retóricas, parecido a un discurso oral como lo subrayaron, entre muchos otros investigadores, Trinidad Barrera López (2001: 45) y Billy T. Hart (1974: xx). Sin embargo, esto no quiere decir que Álvaro Núñez Cabeza de Vaca carecía de erudición o de conocimiento de los clásicos literarios y filosóficos como afirman José B. Fernández (1976: 179), Patrick Menget (1980: 18-19) y Giorgio Serra (2005). La biografía del hidalgo contradice esta opinión, lo mismo que la retórica empleada en el *Proemio*. Al utilizar un estilo llano, quizás intente hacer pasar por relación verídica algunos hechos que no lo son, lo que remitiría a un cuidadoso proyecto de mistificación. El capítulo siguiente pretende demostrar este aspecto de la obra a través del proceso de autoglorificación de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca que sigue una doble dirección: heroización y santificación.

2. Una empresa de autoglorificación

En la introducción de su edición de *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, Jean-Marie Saint-Lu (2003: 14) escribe que «aunque otros que él escribieron relaciones de sus hazañas, ninguna muestra tanta indiferencia, por parte de su autor, por la gloria y los honores». Esta afirmación me parece totalmente errónea. Después de la muerte de Pánfilo de Narváez, al número dos de la expedición, es decir, al superviviente Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, le toca redactar un informe sobre lo ocurrido. Dado el fracaso rotundo del viaje ya que no trajo oro, riquezas o territorios, el antiguo tesorero real ofrece otro tipo de regalo, es decir, las numerosas informaciones etnográficas y geográficas que, en su opinión, pueden servir a futuras expediciones: «Esto he querido contar aquí, porque allende que todos los hombres desean saber las costumbres y ejercicios de los otros, los que algunas veces se vinieren a ver con ellos estén avisados de sus costumbres y ardidés, que suelen no poco aprovechar en semejantes casos» (170). Este desplazamiento del centro de interés se anuncia desde el *proemio* donde, después de una *salutatio* laudatoria —«Sacra, cesárea y católica Majestad» (75)—, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca intenta obtener los favores del monarca (*captatio benevolentiae*). Colocando su aventura bajo la influencia de una voluntad divina contra la cual no podía nada —«hay una muy gran diferencia no causada por culpa de ellos, sino solamente de la fortuna, o más cierto sin culpa de nadie, mas por sola voluntad y juicio de Dios» (75)—, utilizando énfasis patéticos —«que de cuantas armadas a aquellas tierras han ido ninguna se viese en tan grandes peligros ni tuviese tan miserable y desastrado fin» (76); «que por muchas y muy extrañas tierras que anduve perdido y en cueros» (76)—, expone el interés de su «servicio» inhabitual, palabra repetida nueve veces

bajo distintas formas en este corto prólogo: «no me quedó lugar para hacer más servicio de éste, que es traer a Vuestra Majestad relación de lo que en diez años [...] pudiese saber y ver, así en el sitio de las tierras y provincias de ellas, como en los mantenimientos y animales que en ella se crían, y las diversas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones con quien conversé y viví, y todas las otras particularidades que pude alcanzar y conocer, que de ello en alguna manera Vuestra Majestad será servido» (76).

Además de esta voluntad comprensible de limitar el alcance del fracaso o de revertirlo en éxito, la publicación de *Naufragios*, «verdadera rareza» según María Juliana Gandini (2013: 35) ya que este tipo de informe no solía publicarse, constituye, en mi opinión, no un acto desinteresado sino, más bien, el medio de hacerse valer. Como las armas no permitieron a Álgar Núñez Cabeza de Vaca seguir la vía de algunos de sus antepasados ilustres, es con la pluma como va a intentar adquirir prestigio y autoridad y, por cierto, un puesto de Gobernador. Lee W. Dowling (1984: 96), Alfredo Cordiviola (2001: 156) y Marlène Hansen Esplin (2007: 142), entre otros investigadores, tienen razón, a mi parecer, cuando afirman, respectivamente, que *Naufragios* es «un panegírico», «un informe propagandístico», «un elogio a sí mismo». Esto se traduce de distintas maneras como, por ejemplo, la expresión de la resistencia física, la descripción de los paisajes, el contraste con otros españoles o numerosas exageraciones.

En *Naufragios*, Álgar Núñez Cabeza de Vaca describe a los supervivientes españoles como superhombres. Aunque no deja de referirse al hambre que sienten, lo que les da la apariencia de la muerte¹⁸, a los ayunos a los que se someten, a las condiciones climáticas y al frío, luego, más tarde, a las interminables marchas y trabajos, varios pasajes dejan trasparecer una resistencia física próxima al heroísmo. Así, en el capítulo XXXI, el antiguo tesorero real afirma: «Entretanto que con éstos anduvimos caminamos todo el día sin comer hasta la noche, y comíamos tan poco, que ellos se espantaban de verlo. Nunca nos sintieron cansancio, y a la verdad nosotros estábamos tan hechos al trabajo, que tampoco lo sentíamos» (195). Si incluye aquí a sus compañeros de infortunio, suele distinguirse de ellos y a veces se opone a ellos para destacar su propia resistencia excepcional. En el capítulo X, frente al cansancio de todos, es el único en tener suficientes fuerzas para dirigir el barco donde está:

[...] con ser invierno, y el frío muy grande, y tantos días que padescíamos hambre, con los golpes que de la mar habíamos recibido, otro día la gente comenzó mucho a desmayar, de tal manera, que cuando el sol se puso, todos los que en mi barca venían estaban caídos en ella, unos sobre otros, tan cerca de la muerte, que pocos había que tuviesen sentido, y entre todos ellos a esta hora no había cinco hombres en pie. Cuando vino la noche no quedamos sino el maestre y yo que pudiésemos marear la barca, y a dos horas de la noche el maestre me dijo que yo tuviese cargo de ella, porque él estaba tal, que creía aquella noche morir. Así, yo tomé el leme. (115)

Asimismo, si algunos compatriotas comen caballo, asegura que nunca lo probó, sin que se conozcan las razones de esta decisión. ¿Quizás quiera afirmar que sufrió más que los demás?: «De mí sé decir que desde el mes de mayo pasado yo no había comido otra cosa

18.- «estábamos hechos propia figura de la muerte» (120).

sino maíz tostado, y algunas veces me vi en necesidad de comerlo crudo; porque aunque se mataron los caballos entretanto que las barcas se hacían, yo nunca pude comer de ellos, y no fueron diez veces las que comí pescado» (120).

Álvar Núñez Cabeza de Vaca se detiene también en algunos elementos naturales como los ríos (río de las Palmas, de la Magdalena, de Petután) o los cabos (cabo de Florida, de Santa Cruz, de San Antón, de Corrientes) pero lo que más llama la atención al leer *Naufragios*, es la presentación de los paisajes, no de manera idílica, nutricia o utópica como suele ser el caso en las crónicas, sino desolada y amenazadora. Si hay probablemente una parte de realidad en la descripción relatada, esta pintura tan extrema como la de Cristóbal Colón, pero en sentido opuesto, puede significar que el antiguo tesorero real intenta, otra vez, resaltar su figura. El heroísmo de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca se sitúa en esta resistencia estoica frente a la adversidad, a las pruebas impuestas por una naturaleza hostil y pueblos que también lo son.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca no es el único superviviente de esta aventura de más de ocho años. Aunque parece normal que evoque más sus experiencias dado que es el autor de *Naufragios*, el lector tiene la impresión a veces que «arrima el ascua a su sardina». Que el nombre de Estebanico sólo aparezca nueve veces en la obra no debe sorprender para las mentalidades de la época porque se trata de un esclavo, el de Andrés Dorantes, pero que éste y Alonso del Castillo tengan tan poco espacio en el texto (treinta ocurrencias cada uno) es significativo de la empresa de valorización personal que emprende el náufrago que, en el capítulo XXXIII, no vacila en criticar a sus dos compañeros:

Aquella noche yo rogué a uno de mis compañeros que fuese tras los cristianos, que iban por donde nosotros dejábamos la tierra asegurada, y había tres días de camino. A ellos se les hizo de mal esto, excusándose por el cansancio y trabajo; y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que yo, por ser más recios y más mozos; mas vista su voluntad, otro día por la mañana tomé conmigo al negro y once indios, y por el rastro que hallaba siguiendo a los cristianos, pasé por tres lugares donde habían dormido. Este día anduve diez leguas (202)

Asimismo, en el capítulo XVI, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca explica por qué, durante seis años, en vez de abandonar una región supuestamente hostil, regresaba cada año a la isla de Mal Hado: «La razón por que tanto me detuve fue por llevar conmigo un cristiano que estaba en la isla, llamado Lope de Oviedo» (135). Por otra parte, cuando obtiene por fin que lo acompañe su compañero y que, juntos, salgan en busca de los españoles, la descripción de Lope de Oviedo no resulta muy amena: «le pasé el ancón y cuatro ríos que hay por la costa, porque él no sabía nadar» (134-135); tanto más cuanto que, ante la posibilidad de encontrar indígenas belicosos, prefiere volver de donde viene: «Y temiendo esto Lope de Oviedo, mi compañero, dijo que quería volverse con unas mujeres de aquellos indios, con quien habíamos pasado el ancón, que quedaban algo atrás. Yo porfié mucho con él que no lo hiciese, y pasé muchas cosas, y por ninguna vía lo pude detener, y así se volvió y yo quedé solo con aquellos indios» (136). Quizás sea verdadero este episodio. Sin embargo, parece exaltar otra vez, en contraste, la figura casi heroica o santa de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca: además de la revelación de su lealtad y solidaridad, al contrario de Lope

de Oviedo, no le atemoriza tratar de escapar frente a indígenas supuestamente violentos, no teme enfrentarlos solo, no se reúne con las mujeres...¹⁹

La descripción que Álvaro Núñez Cabeza de Vaca propone de Pánfilo de Narváez resulta también significativa. Pánfilo de Narváez, nacido en 1470, es una figura histórica bien conocida por los especialistas de la conquista de México. Amigo del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, del que defiende los intereses, es mandado a México después de la expedición de Hernán Cortés para detener al conquistador y proseguir la colonización. A pesar de apoyos importantes, Pánfilo de Narváez, quien se ha quedado tuerto durante una batalla, no logra poner fin al éxito de su rival que termina encarcelándole antes de soltarle cuatro años más tarde. En 1527, a pesar de estados de servicio poco gloriosos, regresa a América «para conquistar y gobernar las provincias que están desde el río de las Palmas hasta el cabo de la Florida» (77). Al leer *Naufragios*, el desastre de esta expedición parece proceder únicamente de las malas decisiones de Pánfilo de Narváez. Así, frente a los pacíficos indígenas de Apalache, la captura del cacique local desemboca en las represalias contra los españoles: «Dos horas después que llegamos a Apalache, los indios que de allí habían huido vinieron a nosotros de paz, pidiéndonos a sus mujeres e hijos, y nosotros se los dimos, salvo que el gobernador detuvo un cacique de ellos consigo, que fue causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro día volvieron en pie de guerra, y con tanto denuedo y presteza nos acometieron, que llegaron a nos poner fuego a las casas en que estábamos» (98). Del mismo modo, el gobernador sigue confiando en el piloto Miruelo que, sin embargo, ya se había equivocado: «El gobernador mandó que el bergantín fuese costeano la vía de la Florida, y buscarse el puerto que Miruelo el piloto había dicho que sabía; mas ya él lo había errado, y no sabía en qué parte estábamos, ni adónde era el puerto» (86). También sigue su intuición y la opinión de un puñado de personas, oponiéndose a los consejos prodigados por Álvaro Núñez Cabeza de Vaca:

Y otro día que fue primero de mayo, el gobernador llamó aparte al comisario y al contador y al veedor y a mí, y a un marinero que se llamaba Bartolomé Fernández, y a un escribano que se decía Jerónimo de Alaniz, y así juntos, nos dijo que tenía voluntad de entrar por la tierra adentro y los navíos se fuesen costeano hasta que llegasen al puerto, y que los pilotos decían y creían que yendo la vía de las Palmas estaban muy cerca de allí; y sobre esto nos rogó le diésemos nuestro parecer. Yo respondía que me parecía que por ninguna manera debía dejar los navíos sin que primero quedasen en puerto seguro y poblado, y que mirase que los pilotos no andaban ciertos, ni se afirmaban en una misma cosa, ni sabían a qué parte estaban; y que allende de esto, los caballos no estaban para que en ninguna necesidad que se ofreciese nos pudiésemos aprovechar de ellos; y que sobre todo esto, íbamos mudos y sin lengua, por donde mal nos podíamos entender con los indios, ni saber lo que de la tierra queríamos, y que entrábamos por tierra de que ninguna relación teníamos, ni sabíamos de qué suerte era, ni lo que en ella había, ni de qué gente estaba poblada, ni a qué parte de ella estábamos; y que sobre todo esto, no teníamos bastimentos para entrar adonde no sabíamos; [...] y que mi

19.– Sin indicio convincente, no suscribo la hipótesis de Juan Francisco Maura (2011b : 320) para quien «Álvar Núñez y los otros tres supervivientes esperaron todo ese tiempo en la costa y no en el interior para cerciorarse de que ningún otro cristiano, ningún testigo presencial, pudiese dar cuenta en Pánuco o la Nueva España de los descatos cometidos en la persona de Narváez».

parecer era que se debía embarcar e ir a buscar puerto y tierra que fuese mejor para poblar [...]. Al comisario le pareció todo lo contrario, diciendo que no se había de embarcar, sino que yendo siempre hacia la costa, fuesen en busca del puerto, pues los pilotos decían que no estaría sino diez o quince leguas de allí la vía de Pánuco, y que no era posible, yendo siempre a la costa, que no topásemos con él, porque decían que entraba doce leguas adentro por la tierra [...]. A todos los que allí estaban pareció bien que esto se hiciese así, salvo al escribano, que dijo que primero que desamparase los navíos, los debía de dejar en puerto conocido y seguro, y en parte que fuese poblada; que esto hecho, podría entrar por la tierra adentro y hacer lo que le pareciese. El gobernador siguió su parecer y lo que los otros le aconsejaban. (87-89)

Este pasaje refleja perfectamente la oposición entre los dos hombres que no parará de crecer hasta tal punto que Pánfilo de Narváez, opuesto al tesorero de su expedición, deja que se vaya, quizás para deshacerse (¿temporal o definitivamente?) de un importuno: «rogamos al Gobernador que enviase a buscar la mar, por ver si hallaríamos puerto, porque los indios decían que la mar no estaba muy lejos de allí. Él nos respondió que no curásemos de hablar en aquello, porque no estaba muy lejos de allí; y como yo era el que más le importunaba, díjome que me fuese yo a descubrirla y que buscase puerto» (92). Asimismo, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca recuerda haber sido herido en su honor, valor supremo en aquella época, por un desacuerdo con el gobernador:

Yo, vista su determinación, requeríle de parte de Vuestra Majestad que no dejase los navíos sin que quedasen en puerto y seguros, y así lo pedí por testimonio al escribano que allí teníamos. Él respondió que, pues él se conformaba con el parecer de los más de los otros oficiales y comisario, que yo no era parte para hacerle estos requerimientos [...] luego mandó apercibir la gente que había de ir con él, que se proveyesen de lo que era menester para la jornada. Y después de esto proveído, en presencia de los que allí estaban, me dijo que, pues yo tanto estorbaba y temía la entrada por tierra, que me quedase y tomase cargo de los navíos y de la gente que en ellos quedaba, y poblase si yo llegase primero que él. Yo me excusé de esto [...]. Y viendo que importunándome tanto, yo todavía me excusaba, me preguntó qué era la causa por que huía de aceptarlo; a lo cual respondí que yo huía de encargarme de aquello porque tenía por cierto y sabía que él no había de ver más los navíos, ni los navíos a él, y que esto entendía viendo que tan sin aparejo se entraban por la tierra adentro. Y que yo quería más aventurarme al peligro que él y los otros se aventuraban, y pasar por lo que él y ellos pasasen, que no encargarme de los navíos, y dar ocasión a que se dijese que, como había contradicho la entrada, me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa; y que yo quería más aventurar la vida que poner mi honra en esta condición. (89-90)

Al subrayar sus numerosos desacuerdos con Pánfilo de Narváez, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca muestra que su superior era un jefe poco visionario, irresponsable, arrogante y egoísta, mientras que él se presenta como un sabio, el que sabe lo que hay que hacer pero que, desgraciadamente, no es escuchado. La decisión final del gobernador que habría abandonado al resto de su tropa acaba convirtiéndolo en un traidor:

[...] como el gobernador llevaba la más sana y recia gente que entre toda había, en ninguna manera lo pudimos seguir ni tener con ella. Yo, como vi esto, pedíle

que, para poderle seguir, me diese un cabo de su barca, y él me respondió que no harían ellos poco si solos aquella noche pudiesen llegar a tierra. [...] Él me respondió que ya no era tiempo de mandar unos a otros; que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida; que él así lo entendía de hacer, y diciendo esto, se alargó con su barca. (114)

En otro ámbito, en el capítulo XXII de *Naufragios*, Álvar Núñez Cabeza de Vaca cuenta una historia bastante extraña:

Éstos y los de más atrás nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron parecía que había quince o diez y seis años que había acontecido, que decían que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman Mala Cosa, y que era pequeño de cuerpo, y que tenía barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venía a la casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego parecía a la puerta de la casa un tizón ardiendo. Luego, aquel hombre entraba y tomaba al que quería de ellos, y dábales tres cuchilladas grandes por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como una mano y dos palmos en luengo, y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacábales las tripas; y que cortaba de una tripa poco más o menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas. Luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábaselo, y dende a poco se lo tornaba a concertar y poníale las manos sobre las heridas, y decíanos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparecía entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre. Cuando él quería, tomaba el buhío o casa y subíala en alto, y dende a poco caía con ella y daba muy gran golpe. También nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que nunca jamás comió; y que le preguntaban dónde venía y a qué parte tenía su casa, y que les mostró una hendidura de la tierra, y dijo que su casa era allá debajo. De estas cosas que ellos nos decían, nosotros nos reíamos mucho, burlando de ellas. Como ellos vieron que no lo creíamos, trajeron muchos de aquéllos que decían que él había tomado, y vimos las señales de las cuchilladas que él había dado en los lugares en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos que aquél era un malo, y de la mejor manera que pudimos les dábamos a entender que si ellos creyesen en Dios nuestro Señor y fuesen cristianos como nosotros, no tendrían miedo de aquel, ni él osaría venir a hacerles aquellas cosas. Que tuviesen por cierto que en tanto que nosotros en la tierra estuviésemos él no osaría parecer en ella. De esto se holgaron ellos mucho y perdieron mucha parte del temor que tenían. (159-160)

Se puede interpretar este pasaje de distintas maneras. Primero, en la descripción de Mala Cosa se encuentran muchas características de los chamanes de América del Norte, como su origen ctónico, su aislamiento, su comportamiento extraño, su ambigüedad de género, sus particularidades físicas²⁰, su relación con prácticas médicas singulares²¹, etc.

20.- ¿La pequeñez del personaje no remite a una forma de enanismo? En dos estudios anteriores (Balutet, 2006; 2009), he mostrado cuánto los enanos desempeñaban funciones importantes, en particular rituales, entre los antiguos mayas.

21.- Rolena Adorno (1992: 96) recuerda un relato etnográfico de finales del siglo XIX en el que los pawnees, pueblo que vive históricamente en los actuales estados de Kansas y Nebraska pero cercanos desde un punto de vista lingüístico a los caddos encontrados por Álvar Núñez Cabeza de Vaca, se dedican a un rito similar al descrito por el español: «un niño de entre 6 y 8 años de edad, desnudo, fue acostado en medio del círculo. Dos hombres se sentaron sobre el uno, en su pecho, el otro sobre sus piernas. Abrieron su abdomen con un cuchillo y sacaron lo que aparentaba ser parte de su hígado.

(Lesfargues y Auzias, 1979: 190; Menget, 1980: 23 ; Spitta, 1993: 323). Sin embargo, uno puede preguntarse si este relato no traduce el miedo indígena frente a la llegada de los primeros españoles en sus territorios —se notará la presencia de la barba de los europeos— y, aún más, si no se trata de una representación del mismo Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. El hecho de que el autor de *Naufragios* sea un blanco, que pertenezca a una cultura completamente extranjera, que haya sobrevivido a todas las vicisitudes contadas al principio de *Naufragios*, hacía de él el perfecto «candidato» a la chamanización (Lafaye, 1962: 142; Acutis, 1993: 53). Carlos A. Jáuregui (2014: 431-432) y Vanina M. Teglia (2016 : 44) proponen argumentos más bien convincentes. Así, a ejemplo de Mala Cosa, el antiguo tesorero real se dedica a curaciones milagrosas, es percibido como poseyendo un género ambiguo por las diferentes tareas que cumple y que suelen ser las de las mujeres en las sociedades encontradas (fabricación de peines y de esteras, actividades comerciales, mediación entre grupos enemigos, etc.), ostenta un «tizón encendido» cuando vuelve a encontrar a los suyos después de perderse, duerme en «hoyos» en aquel momento²², repite que no tiene nada que comer. No pienso que Álvaro Núñez Cabeza de Vaca sea consciente de este acercamiento simbólico. Para él, recordar esta historia insistiendo en la evangelización necesaria contribuye, una vez más, a mostrarle como una fuerza positiva capaz de triunfar contra fuerzas maléficas.

Por fin, además de la tendencia de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca a presentarse como una persona irreprochable, apta al mando, al diálogo con los indígenas, a la evangelización, *Naufragios* está lleno de pasajes donde aparecen lo que Manuel Triano Pousa (2013: 822) llama «andalucismos»..., es decir exageraciones a menudo destinadas a excitar la imaginación de los lectores. Así, por ejemplo, en el capítulo VII, esta flecha «en un pie de un álamo, que entraba por él un gеме» (100). Por otra parte, ¿qué opinar de esta operación quirúrgica que Álvaro Núñez Cabeza de Vaca realiza sin problemas?:

Aquí me trajeron un hombre, y me dijeron que había mucho tiempo que le habían herido con una flecha por la espalda derecha, y tenía la punta de la flecha sobre el corazón. Decía que le daba mucha pena, y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo lo toqué, y sentí la punta de la flecha, y vi que la tenía atravesada por la ternilla, y con un cuchillo que tenía le abrí el pecho hasta aquel lugar, y vi que tenía la punta atravesada, y estaba muy mala de sacar. Torné a cortar más, y metí la punta del cuchillo, y con gran trabajo en fin la saqué. Era muy larga, y con un hueso de venado, usando de mi oficio de medicina, le di dos puntos. Dados, se me desangraba, y con raspa de un cuero le estancué la sangre; y cuando hube sacado la punta, pidiéronmela, y yo se la di, y el pueblo todo vino a verla, y la enviaron por la tierra adentro, para que la viesen los que allá estaban, y por esto hicieron muchos bailes y fiestas, como ellos suelen hacer. Otro día le corté los dos puntos al indio, y estaba sano; y no parecía la herida que le había hecho sino como una raya de la palma de la mano, y dijo que no sentía dolor ni pena alguna. (182-183)

Lo cortó y lo dio al otro, quien lo comió. El resto del órgano fue restaurado a su sitio y se llevaron al niño. Después, se le veía aparentemente gozando de buena salud».

22.— «hacia unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubría en aquel hoyo» (154); «estando yo durmiendo en el hoyo» (155).

¿Es tan fácil sacar una punta de flecha situada justo al lado del corazón y con instrumentos rudimentarios? Se notarán todos los superlativos y los elementos que hacen la extracción más complicada («mucha pena», «siempre estaba enfermo», «la punta atravesada», «muy mala de sacar», «con gran trabajo», «era muy larga»), así como la recuperación casi instantánea del paciente y la huella casi invisible de la cicatriz... Estela Castillo Hernández (2006 : 56) ve en este pasaje un nuevo episodio que pretende santificar a Álvar Núñez Cabeza de Vaca al recordar, de manera convincente, la leyenda de San Cosme y de San Damián que practicaban gratuitamente la medicina pero que habrían realizado también el trasplante de la pierna gangrenada de un sacristán utilizando la de un moro. Cabe decir que la santificación es el otro gran procedimiento por el cual se autoglorifica el autor. Esto se traduce por diversos paralelismos con varios apóstoles, con José y, sobre todo, ¡con el mismo Jesucristo!

En su artículo «Paulina Typology in Cabeza de Vaca's *Naufragios*», Kun Jong Lee (1999) ha demostrado que las acciones descritas por Álvar Núñez Cabeza de Vaca en *Naufragios* evocan las de San Pablo de Tarso, uno de los apóstoles de Jesucristo. Primero, cabe recordar con el investigador coreano que, en los *Hechos de los Apóstoles*, el viaje de Pablo de la Tierra Santa a Roma desemboca en un naufragio después de una fuerte tormenta que lo lleva, con los demás miembros de la expedición, a la isla de Malta poblada de paganos (*Biblia*: Hechos, 27.9-21). Además del naufragio en una isla que se parece a la de Mal Hado, es interesante subrayar que los consejos de Pablo, como los de Álvar Núñez Cabeza de Vaca a Pánfilo de Narváez, no son tomados en cuenta por la tripulación: «Pero el centurión hizo más caso al dueño y al capitán del barco que a Pablo» (Hechos, 27.11). Si la calurosa acogida de los malteses no puede compararse con la de los indígenas de *Naufragios* ya que distan mucho de ser todos acogedores hacia los españoles, la curación por Pablo del padre de Publius, el jefe de la isla, y de otros enfermos (Hechos, 28.8-10), recuerdan claramente las actividades de «físico» del hidalgo de Jerez y de sus tres compañeros. Pasa lo mismo con la lista de los sufrimientos aguantados por Pablo durante sus actividades misioneras (golpes, encarcelamientos, lapidación, hambre, sed, frío, desnudez) (Segunda Corintios, 11.23-27), parecidos a los de los náufragos españoles. En un pasaje sobre los tesalonicenses, se puede aceptar también la aproximación que opera Kun Jong Lee entre Mala Cosa y el Anticristo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, el cual «llegará con mucho poder, con señales y falsos milagros» (Segunda Tesalonicenses, 2.9). Por otra parte, en sus Epístolas, Pablo no deja de explicar que es necesario no hacer la diferencia entre los paganos cualesquiera que sean sus orígenes y los judíos ya que todos forman parte del diseño divino (Romanos, 2.11, 3.29-3-30, 10.12; Efesios, 2.11-22): «los no judíos reciben mediante el evangelio la misma herencia que los judíos, pues son miembros del mismo cuerpo y tienen parte en la misma promesa que Dios hizo en Cristo Jesús» (Efesios, 3.6). Por su parte, Álvar Núñez Cabeza de Vaca explica, a partir del capítulo XXXI, cuánto los indígenas encontrados aprecian sus discursos evangelizadores:

[...] dijimosles, por las señas por que nos entendían, que en el cielo había un hombre que llamábamos Dios, el cual había criado el cielo y la tierra, y que éste adorábamos nosotros y teníamos por Señor, y que hacíamos lo que nos mandaba, y que de su mano venían todas las cosas buenas, y que si así ellos lo hiciesen, les iría muy bien de ello; y tan grande aparejo hallamos en ellos, que si lengua hu-

biera con que perfectamente nos entendiéramos, todos los dejáramos cristianos. Esto les dimos a entender lo mejor que pudimos, y de ahí adelante, cuando el Sol salía, con muy gran grita abrían las manos juntas al cielo, y después las traían por todo el cuerpo, y otro tanto hacían cuando se ponía. Es gente bien acondicionada y aprovechada para seguir cualquier cosa bien aparejada. (196)

Los indígenas pertenecen tanto más fácilmente a la comunidad de Dios cuanto que, según el relato del español, no practican los sacrificios humanos ni la antropofagia que suelen denunciar las crónicas. Por fin, un último punto de convergencia entre Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y San Pablo se encuentra en el discurso de éste acerca de la necesidad de adaptarse e incluso de aculturarse para llevar a cabo actividades misioneras:

Con los judíos me vuelvo como un judío, para ganarlos a ellos; es decir, que para ganar a los que viven bajo la ley de Moisés, yo mismo me pongo bajo esa ley, aunque en realidad no estoy sujeto a ella. Igualmente, para ganar a los que no viven bajo la ley de Moisés, me vuelvo como uno de ellos, aunque realmente estoy sujeto a la ley de Dios, puesto que estoy bajo la ley de Cristo. Con los débiles en la fe, también para ganarlos, me vuelvo débil como uno de ellos. Es decir, que me he hecho igual a todos para de alguna manera poder salvar a algunos. (Primera Corintios, 9.20-22)

El antiguo tesorero real no hace otra cosa. Siguiendo los argumentos desarrollados por Kun Jong Lee, me parece probable que Álvaro Núñez Cabeza de Vaca adoptó el modelo paulino para significar, como el Santo, que también es un mensajero de Dios: «Ahora me alegro de lo que sufro por vosotros, porque de esta manera voy completando en mi propio cuerpo lo que falta de los sufrimientos de Cristo por la iglesia, que es su cuerpo» (Colosenses, 1.24).

Álvar Núñez Cabeza de Vaca también habría podido desear seguir los pasos de Santiago el Mayor, uno de los doce apóstoles de Jesucristo que, según una leyenda, habría vivido durante cuatro años en España para evangelizar a la población y que, desde entonces, es venerado, particularmente en Compostela. Es Michael Agnew (2003) quien más se ha interesado por esta similitud. En «Zarzas, calabazas y cartas de relación: el triple peregrinaje imperialista de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca (Jerusalén, Compostela y Roma)», el investigador de Columbia University recuerda que las calabazas dadas por los indígenas a los españoles que éstos se ponen a llevar ya que, según los pueblos amerindios, «tienen virtud y [...] vienen del cielo» (176), forman parte, desde finales de la edad media, de la indumentaria del peregrino de Compostela. Estas calabazas secadas y vaciadas servían para transportar las bebidas. Esta comparación parece aún más probable ya que, si se acepta la intención del hidalgo español de hacerse pasar por un mesías, no deja de querer evangelizar a todos los indígenas. Además, el destino final de la epopeya no es sino la ciudad americana de Compostela donde vive el gobernador Nuño Beltrán de Guzmán, situada en Nueva Galicia. Por otra parte, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca da su fecha de llegada a la Ciudad de México «un día antes de la víspera de Santiago» (214), es decir, el 23 de julio de 1536, lo que da la impresión de que las fiestas de dos días después rinden homenaje a los recién llegados. Ahora bien, como señala Michael Agnew (2003: 229), la

versión dada por Gonzalo Fernández de Oviedo parece corroborar una nueva «interpolación posterior de Álvar Núñez»²³.

Podríamos decir que Álvar Núñez Cabeza de Vaca se atreve a todo: ¿no recuerda también al último profeta del judaísmo, es decir, a Moisés? El episodio más famoso que apoya esta afirmación se encuentra en el capítulo XXI:

[...] fuimos a buscar una fruta de unos árboles, que es como hieros. Como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve más en buscarla ; la gente se volvió, y yo quedé solo, y viniendo a buscarlos aquella noche me perdí, y plugo a Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frío aquella noche, y a la mañana yo me cargué la leña y tomé dos tizones, y volví a buscarlos, y anduve de esta manera cinco días, siempre con mi lumbre y carga de leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese leña, como en muchas partes no la había, tuviese de qué hacer otro tizones y no me quedase sin lumbre, porque para el frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nací. (154)

Dicho árbol ardiendo que aparece milagrosamente al español parece aludir a un famoso pasaje del Antiguo Testamento señalado primero por Juan Francisco Maura (1988: 109-110; 1995: 193). Al principio del Éxodo, el «Ángel de Jehová» aparece a Moisés «en una llama de fuego en medio de una zarza», la cual «no se consumía» (Éxodo, 3.2). Una vez más, cabe ver en este episodio sobrenatural la voluntad de Dios quien escogió a su profeta, encargado de salvar las almas, no del pueblo judío sino de los indígenas.

Por otro parte, Francisco Peña Fernández es el autor de un estudio muy convincente, «El otro héroe. *Naufragios* de Cabeza de Vaca como palimpsesto bíblico» (2007), en el cual establece similitudes entre la historia de José descrita en el Antiguo Testamento (Génesis, 37-50) y la aventura de Álvar Núñez Cabeza de Vaca: esclavitud de los dos protagonistas, hambre en Egipto y en América, don de interpretación de los sueños de uno frente al poder taumatúrgico del otro que les permite salir de su situación miserable, cualidades humanas similares, proceso de transformación cultural idéntico sin olvido de los orígenes respectivos, etc. Total, el investigador considera que, en *Naufragios*, «Cabeza de Vaca recoge y transforma el gran proyecto de José y lo adapta a la realidad americana» (2007 : 193).

Por fin, el trayecto de Álvar Núñez Cabeza de Vaca parece ser una réplica del de Jesucristo. Como él, el español sufrió mucho a lo largo de su «peregrinación». Lleva así los estigmas causados por ostiones: «pisando por encima de ostiones, de los cuales recibimos muchas cuchilladas en los pies, y nos fueron a causa de mucho trabajo» (92); por una flecha u otra arma: «hiriéronme a mí» (101), «Ninguno hubo de nosotros que no quedase herido, y yo lo fui en la cara» (110); por mosquitos: «Hallamos por la tierra muy gran cantidad de mosquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos, y todo lo más del verano nos daban mucha fatiga» (146); etc. Esclavizado por los indígenas, Álvar Núñez Cabeza de Vaca es condenado a soportar los trabajos más penosos como, por ejemplo, en

23.– Juan Francisco Maura (1995: 193) encuentra un paralelismo entre los seis idiomas que Álvar Núñez Cabeza de Vaca dice conocer en el capítulo XXXI y un pasaje bíblico en el que, el día de Pentecostés, los Apóstoles «quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas según el Espíritu les daba que hablasen» (Hechos, 2.4). Personalmente, me parece tenue dicha hipótesis ya que el mismo español reconoce que «no nos podíamos en todas partes aprovechar de ellas, porque hallamos más de mil diferencias» (195).

el capítulo XVI, el de arrancar raíces que podrían remitir a la caña que los soldados ponen en la mano de Jesucristo en el *Evangelio de Mateo* (Mateo, 27.27-31): «entre otros trabajos muchos, había de sacar las raíces para comer de bajo del agua y entre las cañas donde estaban metidas en la tierra. De esto traía yo los dedos tan gastados, que una paja que me tocase me hacía sangre de ellos, y las cañas me rompían por muchas partes, porque muchas de ellas estaban quebradas y había de entrar por medio de ellas con la ropa que he dicho que traía» (133). A ejemplo de Cristo que se sacrifica para expiar los pecados de los hombres, el antiguo tesorero real presenta su búsqueda de los españoles al final de la obra utilizando el mismo modo sacrificial frente a Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, menos dispuestos al esfuerzo:

Aquella noche yo rogué a uno de mis compañeros que fuese tras los cristianos, que iban por donde nosotros dejábamos la tierra asegurada, y había tres días de camino. A ellos se les hizo de mal esto, excusándose por el cansancio y trabajo; y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que yo, por ser más recios y más mozos; mas vista su voluntad, otro día por la mañana tomé conmigo al negro y once indios, y por el rastro que hallaba siguiendo a los cristianos, pasé por tres lugares donde habían dormido. Este día anduve diez leguas (202)

En el capítulo XV sobre todo, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca describe las prácticas médicas de los indígenas: «ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad» (129); «las piedras y otras cosas que se crían por los campos tienen virtud. Que él con una piedra caliente, trayéndola por el estómago, sanaba y quitaba el dolor» (129); «Lo que el médico hace es darle unas sajas adonde tiene el dolor, y chúpanles alderredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa» (129-130). A estas prácticas indígenas que reutilizan, los naufragos españoles asocian usos católicos como el rezo (*Pater Noster* y *Ave María*), la señal de la cruz y la imposición de las manos. Según el autor, dicha técnica sincrética funciona y los cuatro españoles adquieren una gran fama: «otro día de mañana nos trajeron toda la gente de aquel pueblo para que los tocásemos y santiguásemos, como habíamos hecho a los otros con quien habíamos estado» (176); «Por todo este camino teníamos muy gran trabajo, por la mucha gente que nos seguía, y no podíamos huir de ella, aunque lo procurábamos, porque era muy grande la prisa que tenían por llegar a tocarnos» (177); «Toda esta gente venía a nosotros a que los tocásemos y santiguásemos» (194-195). Es sobre todo Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, según sus propias palabras, quien destaca en este ejercicio: «Castillo era médico muy temeroso, principalmente cuando las curas eran muy temerosas y peligrosas, y creía que sus pecados habían de estorbar que no todas veces sucediese bien el curar» (157); «Dorantes y el negro hasta allí no habían curado; mas por la mucha importunidad que teníamos, viniéndonos de muchas partes a buscar, venimos todos a ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer cualquier cura era yo más señalado entre ellos» (158-159). Este poder, materializado en particular por las calabazas como subraya el mismo Álvaro Núñez Cabeza de Vaca²⁴, no deja de recordar la acción de

24.- «Dicen que aquellas calabazas tiene virtud y que vienen del cielo, porque por aquella tierra no las hay» (176); «de aquí comenzamos a llevar calabazas con nosotros, y añadimos a nuestra autoridad esta ceremonia, que para con ellos es muy grande» (181); «les dimos un calabazo de los que nosotros traíamos en las manos (que era nuestra principal insignia y muestra de gran estado)» (209).

Jesucristo, tanto más cuanto que, en dos ocasiones, el antiguo tesorero real no vacila en presentarse directamente como el brazo de Dios: «ya ellos tenían noticia de nosotros y cómo curábamos, y de las maravillas que nuestro Señor con nosotros obraba» (152); «por toda la tierra no se hablase sino de los misterios que Dios nuestro Señor con nosotros obraba» (156-157).

Hay un aspecto que parece oponerse, sin embargo, a la descripción mesiánica de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. Flor Leticia López (2005) y Daniel R. Fernández (2009: 45) tienen razón cuando subrayan que Jesucristo y sus apóstoles siempre aportan la paz según los *Evangelios de Juan y Mateo*: «Al llegar la noche de aquel mismo día, primero de la semana, los discípulos estaban reunidos y tenían las puertas cerradas por miedo a los judíos. Jesús entró y, poniéndose en medio de los discípulos, los saludó diciendo: ¡Paz a vosotros! Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y ellos se alegraron de ver al Señor. Luego Jesús dijo de nuevo: ¡Paz a vosotros! Como el Padre me envió a mí, también yo os envío a vosotros» (Juan, 20.19-21); «Al entrar en la casa, saludad a los que viven en ella. Si la gente de la casa lo merece, la paz de vuestro saludo quedará en ella; si no lo merece, volverá a vosotros» (Mateo, 10.12-13). Ahora bien, esta obligación contradice la puesta en escena asumida de una distancia sagrada —los naufragos hablan poco, comen de noche, Estebanico desempeña el papel de intermediario²⁵— y la explotación del miedo que los españoles infunden en los indígenas en el capítulo XXX:

Dijímosles que nos llevasen hacia el Norte; respondieron de la misma manera, diciendo que por allí no había gente sino muy lejos, y que no había qué comer ni se hallaba agua. Con todo esto, nosotros porfiamos y dijimos que por allí queríamos ir, y ellos todavía se excusaban de la mejor manera que podían, y por esto nos enojamos, y yo me salí una noche a dormir en el campo, apartado de ellos. Luego fueron donde yo estaba, y toda la noche estuvieron sin dormir y con mucho miedo y hablándome y diciéndome cuán atemorizados estaban rogándonos que no estuviésemos más enojados, y que aunque ellos supiesen morir en el camino, nos llevarían por donde nosotros quisiésemos ir. Como nosotros todavía fingíamos estar enojados y porque su miedo no se quitase, sucedió una cosa extraña, y fue que este día mismo adolecieron muchos de ellos, y otro día siguiente murieron ocho hombres. Por toda la tierra donde esto se supo hubieron tanto miedo de nosotros, que parecía en vernos que de temor habían de morir. Rogáronnos que no estuviésemos enojados, ni quisiésemos que más de ellos muriesen, y tenían por muy cierto que nosotros los matábamos con solamente quererlo. (187-188)

No hay que olvidar, sin embargo, que Jesucristo también es capaz de enfadarse. El *Evangelio de Mateo* evoca, por ejemplo, un episodio en el que, frente a una higuera que sólo tiene hojas, lanza: «¡Nunca vuelvas a dar fruto!» (Mateo, 21.19), lo que provoca la sequedad irremediable del arbusto.

En el capítulo XXII, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca provoca lo que el texto describe como una resurrección:

[...] cuando llegué cerca de los ranchos que ellos tenían, yo vi el enfermo que íbamos a curar que estaba muerto, porque estaba mucha gente al derredor de él llorando y su casa deshecha, que es señal que el dueño estaba muerto. Así, cuando

25.— «El negro les hablaba siempre» (195).

yo llegué hallé el indio los ojos vueltos y sin ningún pulso, y con todas las señales de muerto, según a mí me pareció, y lo mismo dijo Dorantes. Yo le quité una estera que tenía encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude apliqué a nuestro Señor fuese servido de dar salud a aquél y a todos los otros que de ella tenían necesidad. Después de santiguado y soplado muchas veces, me trajeron un arco y me lo dieron, y una sera de tunas molidas, y llevaronme a curar a otros muchos que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos seras de tunas, las cuales di a nuestros indios, que con nosotros habían venido. Hecho esto, nos volvimos a nuestro aposento, y nuestros indios, a quien di las tunas, se quedaron allá. A la noche se volvieron a sus casas, y dijeron que aquel que estaba muerto y yo había curado en presencia de ellos, se había levantado bueno y se había paseado, y comido, y hablado con ellos, y que todos cuantos había curado quedaban sanos y muy alegres. (157-158)

Si este episodio sorprendente es verídico, el indígena estaba probablemente en un estado cataléptico. Pero, lo más importante es recordar que varios apóstoles del Antiguo Testamento habrían originado dichos acontecimientos. Es el caso de Elías (1 Reyes, 17.17-23) y de Eliseo (2 Reyes, 4.19-37). Asimismo, en el Nuevo Testamento, Pedro resucita a una mujer llamada Tabita (Hechos, 9.36-42) y Pablo a un hombre (Hechos, 20.9-12). Según los *Evangelios*, el mismo Jesucristo tiene también, por supuesto, este don. Es el caso con Lázaro en el *Evangelio de Juan*:

Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero aun ahora yo sé que Dios te dará cuanto le pidas. Jesús le contestó: Tu hermano volverá a vivir. Marta le dijo: Sí, ya sé que volverá a vivir cuando los muertos resuciten, en el día último. Jesús le dijo entonces: Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y ninguno que esté vivo y crea en mí morirá jamás. ¿Crees esto? Ella le dijo: Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo. [...] Jesús, otra vez muy conmovido, se acercó al sepulcro. Era una cueva que tenía la entrada tapada con una piedra. Jesús dijo: Quitad la piedra. Marta, la hermana del muerto, le dijo: Señor, seguramente huele mal, porque hace cuatro días que murió. Jesús le contestó: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Quitaron la piedra, y Jesús, mirando al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas, pero digo esto por el bien de los que están aquí, para que crean que tú me has enviado. Habiendo hablado así, gritó con voz fuerte: ¡Lázaro, sal de ahí! Y el muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas y envuelta la cara en un lienzo. Jesús les dijo: Desatadlo y dejadle ir. (Juan, 11.21-44)

Hace lo mismo con la hija de Jairo en el *Evangelio de Marcos*:

Llegó entonces uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, que al ver a Jesús se echó a sus pies suplicándole con insistencia: Mi hija se está muriendo: ven a poner tus manos sobre ella, para que sane y viva. Jesús fue con él, y mucha gente le acompañaba apretujándose a su alrededor. [...] Todavía estaba hablando Jesús, cuando llegaron unos de casa del jefe de la sinagoga a decirle al padre de la niña: Tu hija ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro? Pero Jesús, sin hacer caso de ellos, dijo al jefe de la sinagoga: No tengas miedo. Cree solamente. Y sin dejar que nadie le acompañara, aparte de Pedro, Santiago y Juan, el hermano de San-

tiago, se dirigió a casa del jefe de la sinagoga. Allí, al ver el alboroto y la gente que lloraba y gritaba, entró y les dijo: ¿Por qué alborotáis y lloráis de esa manera? La niña no está muerta, sino dormida. La gente se burlaba de Jesús, pero él los hizo salir a todos, y tomando al padre, a la madre y a los que le acompañaban, entró donde estaba la niña. La tomó de la mano y le dijo: Talita, cum (que significa: Muchacha, a ti te digo: levántate.) Al momento, la muchacha, que tenía doce años, se levantó y echó a andar. Y la gente se quedó muy impresionada. (Marcos, 5.22-42)

Jesucristo resucita también al hijo de una viuda en el *Evangelio de Lucas*:

Después de esto se dirigió Jesús a un pueblo llamado Naín. Iba acompañado de sus discípulos y de mucha otra gente. Al acercarse al pueblo vio que llevaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda. Mucha gente del pueblo la acompañaba. Al verla, el Señor tuvo compasión de ella y le dijo: No llores. En seguida se acercó y tocó la camilla, y los que la llevaban se detuvieron. Jesús dijo al muerto: Muchacho, a ti te digo, ¡levántate! Entonces el muerto se sentó y comenzó a hablar, y Jesús se lo entregó a la madre. (Lucas, 7.11-15)

Además de la resurrección, la reacción de las personas que presencian la escena es interesante: «Al ver esto, todos tuvieron miedo y comenzaron a alabar a Dios diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros. También decían: Dios ha venido a ayudar a su pueblo. Y por toda Judea y sus alrededores corrió la noticia de lo que había hecho Jesús» (Lucas, 7.16-17). Como subraya Juan Francisco Maura (1988: 99), ¿no recuerda esto las palabras de Álgar Núñez Cabeza de Vaca que explica que la resurrección del indígena muerto «causó muy gran admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba en otra cosa» (158)?

Por fin, desde la isla de Mal Hado, los indígenas ofrecen numerosísimas mantas y pieles a Álgar Núñez Cabeza de Vaca y a sus compañeros: «nos daban cueros y otras cosillas» (130); «nos habían dado nueces y cueros» (157); «dieron muchas cuentas, y muchas mantas de vaca» (185); «comenzaron a darnos muchas mantas de cueros» (190); «nos darían muchas mantas de algodón y cueros» (191); «nos dieron muchas mantas de vacas» (193); «de ello y de su harina nos dieron mucha cantidad, y de calabazas y frísoles y mantas de algodón» (193); «dábannos muchos venados y muchas mantas de algodón, mejores que las de la Nueva España» (194); «Trajéronnos mantas de las que habían escondido por los cristianos, y diéronnoslas» (199). Sin embargo, lo que llama la atención del lector de *Naufragios*, es cómo insiste Álgar Núñez Cabeza de Vaca en su desnudez desde su naufragio hasta su reencuentro con los españoles en Nueva Galicia: «anduve perdido y en cueros» (76); «íbamos desnudos» (119); «Los que quedamos escapados, desnudos como nacimos» (120); «como quedamos del arte que he dicho, y los más desnudos» (124); «por andar desnudo como nací» (154); «Anduvimos siempre en cueros como ellos» (160); «Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduvimos desnudos» (161); «nosotros veníamos desnudos y descalzos» (205). Parece que las mantas y las pieles no se utilizan de día sino de noche para cubrirse: «de noche nos cubríamos con cueros de venado» (160); «un cuero con que yo me cubría» (161). Se puede interpretar de diferentes modos la desnudez impuesta a Álgar Núñez Cabeza de Vaca. Primero, simboliza una forma de despojo de la cultura española y una vuelta al estado salvaje y, supuestamente,

a la barbarie. Este cambio de estatuto podría constituir entonces la primera etapa de una posible metamorfosis identitaria. Es la hipótesis defendida, entre otros investigadores, por Beatriz Pastor (1983: 311). Pero es posible que esta mención constante a la desnudez en el texto tenga que ver también con una voluntad menos inocente: además de insistir en la fragilidad del español, lo que dramatiza su situación, se encuentra aquí un famoso *topos* de la literatura religiosa, el de la pobreza, que Alfredo Cordiviola (2001: 158) asocia con razón a Jesucristo y a numerosos santos y místicos.

Agustín Berti (2000) considera que los elementos de la hagiografía cristiana en la escritura de *Naufragios* sirven para «hacer legibles las experiencias difícilmente creíbles de una alteridad radical dentro de modelos propios de la narrativa occidental». Este objetivo resulta probable, tanto más cuanto que, en una ocasión (capítulo XXII), Álvaro Núñez Cabeza de Vaca reconoce directamente que los sufrimientos de Jesucristo le sirvieron de modelo para comprender su propia existencia: «No tenía, cuando en estos trabajos me veía, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasión de nuestro redemptor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto más sería el tormento de las espinas el padeció que no aquél que yo sufría» (162). Sin embargo, estoy de acuerdo con las conclusiones de Juan Francisco Maura (1988: 99) para quien Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, de manera consciente, quiso crear un «Evangelio del Nuevo Mundo» en el cual encarnaría a un nuevo Cristo. «La verdad es que sólo le falta caminar sobre las aguas y multiplicar los panes y los peces», concluye irónicamente el investigador de la Universidad de Vermont.

3. ¿Una transformación ontológica?

Si no cabe duda, para mí, que Álvaro Núñez Cabeza de Vaca escribió *Naufragios* para exaltar su propia figura y no dejar a la Historia la imagen de alguien que participó en un fracaso rotundo, esto no hace del antiguo tesorero una persona detestable ya que, en su obra, además de los datos etnográficos que me parecen indiscutibles, trasparecen los signos de una evolución ontológica. En efecto, desde el punto de vista cultural e identitario, el Álvaro Núñez Cabeza de Vaca de 1536 ya no es la misma persona que el de 1527. ¿Cómo podría ser el caso después de todo lo que vivió? Sin llegar a ciertos excesos que hacen de él anacrónica e ideológicamente el primer chicano (Bruce-Novoa, 1993: 205-306; Hansen Esplin, 2007: 141), hay que reconocer que su experiencia lo coloca en una posición intermedia entre dos culturas. Ya es un ser híbrido o «transcultural», para retomar la terminología de Fernando Ortiz. En el capítulo II de su ensayo *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, este antropólogo cubano inventó el neologismo «transculturación» que prefiere al término «aculturación». Como subraya Bronislaw Malinowski (2002: 124-125) en la introducción a la obra, la palabra «aculturación» plantea ciertos problemas como la idea de una adquisición unilateral y perfecta de una cultura dominante. Hablar de «transculturación» permite mostrar, por lo tanto, que «en todo abrazo de culturas sucede lo que en la cópula genética de los individuos: la criatura siempre es distinta de cada uno de los dos» (Ortiz, 2002: 260), que al final de este proceso «emerge una nueva realidad, compuesta y compleja; una realidad que no es una aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente» (Malinowski, 2002: 125-126).

El proceso de transformación de Álvar Núñez Cabeza de Vaca empieza por la pérdida de ciertos símbolos de su poder como conquistador español. Es el caso, por ejemplo, con los caballos cuyo efecto psicológico en pueblos que encontraban estos animales impresionantes por primera vez bien se conoce. Desde el capítulo I, Álvar Núñez Cabeza de Vaca subraya su función militar y su impacto en los indígenas: «proveyéndonos de algunas cosas necesarias, señaladamente de caballos» (77); «el gobernador se rehízo de gente, de armas y de caballos» (78); «en todo lo demás, los caballos son los que han de sojuzgar y lo que los indios universalmente temen» (169). Las heridas y la muerte de los caballos parecen a veces tan importantes como los golpes recibidos y las pérdidas humanas, a juzgar por la cuenta exhaustiva que propone el tesorero real: «Perdiéronse en los navíos sesenta personas y veinte caballos» (80); «los caballos que habían quedado, que no eran más de cuarenta y dos, porque los demás, con las grandes tormentas y mucho tiempo que habían andado por la mar, eran muertos» (84); «como los indios nos hacían continua guerra hiriéndonos la gente y los caballos en los lugares donde íbamos a tomar agua» (99); «comenzáronnos a flechar de manera que nos hirieron muchos hombres y caballos» (100); «desde allí nos herían la gente y caballos» (100); «también les habían muerto un caballo» (102). Ante los numerosos naufragios, si quieren sobrevivir, los españoles deben devorar uno de los símbolos de su superioridad, reducido ahora a meras funciones utilitarias (comida, cuerdas, odres): «que a tercero día se matase un caballo, el cual se repartiase entre los que trabajaban en la obra de las barcas y los que estaban enfermos» (105); «de la misma ropa de los palmitos, y de las colas y crines de los caballos, hicimos cuerdas y jarcias» (105); «Desollamos también las piernas de los caballos enteras, y curtimos los cueros de ellas para hacer botas en que llevásemos el agua» (105-106); «las botas que hicimos de las piernas de los caballos luego fueron podridas y sin ningún provecho» (108).

En el capítulo XXXI, Álvar Núñez Cabeza de Vaca explica que algunos indígenas le dieron «cinco esmeraldas hechas puntas de flechas» (194) que dejó y olvidó cuando estaba con los conquistadores españoles de Nueva Galicia: «dejamos muchos arcos turquescos que traíamos, y muchos zurriones y flechas, y entre ellas las cinco de las esmeraldas, que no se nos acordó de ellas; y así, las perdimos» (204-205). La manera con la que presenta dicha pérdida parece traducir que su sistema de valores se desplazó: ya no concede tanta importancia al oro y a los materiales preciosos, cuya búsqueda era, sin embargo, uno de los objetivos de los conquistadores desde Cristóbal Colón. La expedición de Pánfilo de Narváez no constituye una excepción. Basta con leer los primeros capítulos de *Naufragios*: «señalaronnos que muy lejos de allí había una provincia que se decía Apalache, en la cual había mucho oro, y hacían seña de haber muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimamos en algo. Decían que en Apalache había mucho, y tomando aquellos indios por guía, partimos de allí» (87); «Mas con vernos llegados donde deseábamos, y donde tanto mantenimiento y oro nos habían dicho que había, pareciónos que se nos había quitado gran parte del trabajo y cansancio» (95). Juan Francisco Maura (2004: 675) tiene razón cuando recuerda que «[a] diferencia de crónicas como las del propio Colón o Cortés, no es la palabra «oro» la más utilizada» sino «Dios», «hambre» y «comer». Es significativo comprobar que las pocas menciones a la palabra «oro» se concentran al principio de la obra (capítulos III, IV, V) y al final (capítulos XXXII, XXXIV, XXXVII) cuando Álvar Núñez Cabeza de Vaca vuelve a encontrar a los españoles. Entre estos dos momentos, es

la riqueza de algunas tierras la que más valoriza: «Por toda la tierra hay muy grandes y hermosas dehesas, y de muy buenos pastos para ganados; y paréceme que sería tierra muy fructífera si fuese labrada y habitada de gente de razón» (149); «la tierra muy fértil, y muy hermosa y muy llena de aguas y de ríos» (198).

La transformación de Álvar Núñez Cabeza de Vaca se manifiesta también por la adopción de costumbres indígenas. Al principio de su relato, el español da muestras de una gran precisión cronológica de acuerdo con el sistema occidental, lo que refleja las exigencias de toda *Relación*. Las marcas temporales son numerosas (días, meses, años, nombres de santos, momentos del día), lo que permite a Joaquín Roses Lozano (1990: 33-37), en un muy interesante capítulo, dar una fecha precisa de los catorce primeros capítulos: capítulo 1 (del 17 de agosto de 1527 al 20 de febrero de 1528); capítulo II (del 20 de febrero al 14 de abril de 1528); capítulo III (del 14 de abril al 17 de abril de 1528); capítulo IV (del 18 de abril al 1º de mayo de 1528); capítulo V (del 1º de mayo al 25 de junio de 1528); capítulo VI (25 de junio de 1528); capítulo VII (del 25 de junio al 2 de agosto de 1528); capítulo VIII (del 3 de agosto al 22 de septiembre de 1528); capítulo IX (del 22 de septiembre al 28 de octubre de 1528); capítulo X (del 29 de octubre al 6 de noviembre de 1528); capítulo XI (6 de noviembre de 1528); capítulo XII (del 7 de noviembre a finales de noviembre de 1528); capítulo XIII (noviembre); y capítulo XIV (hasta finales de abril de 1529). Esta precisión sorprende mucho ya que es imposible que Álvar Núñez Cabeza de Vaca haya podido memorizar estas fechas o conservado durante numerosos años un cuadernillo para anotar los acontecimientos. Cabe interpretar dicha exactitud como otra muestra de la reelaboración posterior (y ficticia) del texto. El hilo cronológico sólo retoma en el capítulo XXXIII cuando aparecen señales de la presencia española —el antiguo naufrago pide que «[l]e diesen por testimonio el año y el mes y día que allí había llegado» (203)— pero hay que esperar el capítulo XXXVI, después de algunos días con «cristianos», para volver a encontrar una fecha precisa, la alusión al «día de Santiago» (214). El relato se concluye el 9 de agosto de 1537²⁶. Mientras tanto, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, adaptándose a los hábitos indígenas, señala la sucesión de los días con expresiones que se refieren a las estaciones, a los astros o a los productos de la naturaleza que ritman la economía nómada de recolección: «era tiempo en que aquellos indios iban a otra tierra a comer tunas» (138); «cuando el tiempo de las tunas tornó» (148); «aunque era ya tarde y las tunas se acababan» (151); «primero día de luna» (149); «Nosotros estuvimos con aquellos indios avavares ocho meses, y esta cuenta hacíamos por las lunas» (158); «ya el invierno y tiempo frío entraba» (153); «Toda esta gente no conocían los tiempos por el Sol ni la Luna, ni tienen cuenta del mes del año, y más entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen a madurar, y en tiempo que muere el pescado y el aparecer de las estrellas, que son muy diestros y ejercitados» (160). Este tiempo, que Franck Loveland (2000: 87) llama «tiempo indígena, o tiempo americano», también se señala con numerosas expresiones vagas como «otro día», más presente en esta parte del texto.

Otro ejemplo que muestra el cambio de Álvar Núñez Cabeza de Vaca se encuentra en el capítulo XXIII titulado «Cómo nos partimos después de haber comido los perros» (164). Empieza así: «Después que comimos los perros, pareciéndonos que teníamos al-

26.- «llegamos al puerto de Lisbona a 9 de agosto, vispera del señor San Laurencio, año de 1537 años» (217-218).

gún esfuerzo para poder ir adelante, [...] nos despedimos de aquellos indios» (164). Sylvia Molloy (1982: 76 ; 1987: 433-434) tiene razón cuando subraya lo natural con el que el antiguo tesorero real lo dice, como si comer perros fuera también una costumbre en España. Se puede percibir en este pasaje la marca de una transculturación, a no ser que dicha alusión a los perros no sea un olvido involuntario del público al que se dirige *Naufragios* sino una voluntad de Álgvar Núñez Cabeza de Vaca de impresionar a su lector o procurar que se apiade más de él: la ingestión de perros, un animal destinado en España a un uso exclusivamente doméstico, debió repugnar al lectorado, tanto como la necesaria adopción, para sobrevivir, de algunas costumbres alimenticias indígenas: «Algunas veces matan algunos venados, y a tiempos toman algún pescado; mas esto es tan poco, y su hambre tan grande, que comen arañas y huevos de hormigas, y gusanos y lagartijas y salamanquesas y culebras y víboras, que matan los hombres que muerden, y comen tierra y madera y todo lo que pueden haber, y estiércol de venados, y otras cosas que dejo de contar» (144).

Durante su periplo, Álgvar Núñez Cabeza de Vaca sufre una transformación física espectacular hasta tal punto que, como cuenta al final del relato, los españoles no lo identifican bien al principio: «otro día de mañana alcancé cuatro cristianos de caballo, que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban ni acertaban a preguntarme nada» (232). De hecho, siempre al final de *Naufragios* (capítulos XXXIII y XXXIV), a través de la mirada indígena que afirma recordar, Álgvar Núñez Cabeza de Vaca pone de relieve una fuerte oposición entre, por un lado, los españoles de Nueva Galicia redefinidos a través de sus características conquistadoras y colonialistas y calificados por los pronombres *ellos* y *los otros* y, por otro lado, el grupo de los cuatro anti-gueros náufragos designados por *nosotros*:

Después que vimos rastro claro de cristianos, y entendimos que tan cerca estábamos *de ellos*, dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por querernos sacar de tan triste y miserable cautiverio. [...] A los cristianos les pesaba de esto, y hacían que su lengua les dijese que *nosotros éramos* de ellos mismos, y *nos habíamos perdido* mucho tiempo había, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que *ellos* eran los señores de aquella tierra, a quien habían de obedecer y servir. Mas todo esto los indios tenían en muy poco o nada de lo que les decían; antes, unos con otros entre sí platicaban, diciendo que los cristianos mentían, porque *nosotros veníamos* de donde salía el sol, y *ellos* donde se pone; y que *nosotros sanábamos* los enfermos y *ellos mataban* los que estaban sanos; y que *nosotros veníamos* desnudos y descalzos, y *ellos* vestidos y en caballos y con lanzas; y que *nosotros no teníamos* codicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban *tornábamos* luego a dar, y con nada *nos quedábamos*, y *los otros* no tenían otro fin sino robar todo cuanto hallaban, y nunca daban nada a nadie. Y de esta manera relataban todas *nuestras* cosas y las encarecían, por el contrario, de los otros; y así les respondieron a la lengua de los *cristianos*, y lo mismo hicieron saber a *los otros* por una lengua que entre *ellos* había, con quien nos entendíamos [...] Finalmente, nunca pudo acabar con los indios creer que éramos de *los otros* cristianos (202, 205-206)

No es la primera vez que se manifiesta el «inconsciente gramatical» por el cual Álgvar Núñez Cabeza de Vaca va asimilándose a los indígenas. Así, al principio de *Naufragios*,

durante sus primeros encuentros con los pueblos autóctonos, el pronombre *nosotros* designa a los conquistadores españoles a los que se identifica el tesorero real mientras que los indígenas se ven como los otros, en particular por dificultades de comunicación: «Otro día *los indios* de aquel pueblo *vinieron a nosotros*, y aunque *nos hablaron*, como *nosotros no teníamos* lengua, no *los entendíamos*; mas *hacíannos* muchas señas y amenazas, y *nos pareció* que *nos decían* que *nos fuésemos* de la tierra, y con esto *nos dejaron*, sin que *nos hiciesen* ningún impedimento, y *ellos se fueron*» (85). Después de la desaparición progresiva de casi todos los españoles y en contacto con los pueblos amerindios, la percepción de Álvar Núñez Cabeza de Vaca empieza a modificarse, lo que traduce, por ejemplo, el empleo del término «indios» que coexiste a partir de allí con «gente». Si es también muy genérica, esta última designación sólo se aplicaba antes a los españoles y se acompaña ahora de toda una serie de calificativos a menudo muy halagüeños: «Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza» (100); «Era gente grande y bien dispuesta» (109); «nos pareció ser la gente más bien dispuesta y de más autoridad y concierto que hasta allí habíamos visto» (112); «La gente que allí hallamos son grandes y bien dispuestos» (126); «Es la gente del mundo que más aman a sus hijos y mejor tratamiento les hacen» (126); «Toda esta gente son flecheros y bien dispuestos» (144); «es gente muy alegre» (145); «Es la gente de mejores cuerpos que vimos, y de mayor viveza y habilidad» (190). Por otra parte, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en tres ocasiones, deja escapar un «mis indios» para diferenciar de manera algo empática a los indígenas con quienes vive de otros pueblos violentos: «estaba en la otra parte, en Tierra Firme, donde *mis indios* me habían llevado» (132); «Yo me confié de ellos, y determiné de hacerlo, porque tenían otra lengua distinta de la de *mis indios*» (137); «A cabo de cinco días llegué a una ribera de un río, donde yo hallé a *mis indios*» (155).

Sorprende la atención prestada a la temática femenina que subrayé en la primera parte de este estudio. En efecto, pocas crónicas de Indias se apegan tanto como *Naufragios* a cuestiones consideradas secundarias y hasta sin ninguna importancia comparadas con el recuento de las riquezas descubiertas o la descripción de las religiones y de la jerarquía social. Al respecto, la obra de Álvar Núñez Cabeza de Vaca resulta singular e incluso «pionera» como afirma Carmen Gómez Galisteo (2011: 24). Pionera lo es, sin lugar a dudas, en cuanto a la redefinición de la masculinidad que propone. En efecto, el antiguo tesorero real no sólo va perdiendo los atavíos de su virilidad conquistadora (los caballos devorados, las armas transformadas en utensilios domésticos, la sexualidad nunca mencionada) sino que se pone a asumir actividades femeninas, a menudo de manera forzada pero tanto más fácilmente cuanto que numerosos pueblos amerindios de América del Norte conocían un tercer género, al lado del masculino y del femenino, es decir, personas que tenían un sexo biológico dado (hombre o mujer) que se encargaban de tareas propias de individuos del sexo opuesto (Balutet, 2003, 2016; Gómez Galisteo, 2009: 30). En el capítulo XVIII, cuando los náufragos esclavizados se encargan de varios fuegos toda la noche para espantar los mosquitos²⁷, ¿no se encuentra una de las tareas asignadas a las mujeres que deben controlar los hornos? ¿Los españoles no desempeñan el papel de pacificadores como las

27.– «Hallamos por la tierra muy gran cantidad de mosquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos, y todo lo más del verano nos daban mucha fatiga; y para defendernos de ellos hacíamos al derredor de la gente muchos fuegos de leña podrida y mojada, para que no ardiesen y hiciesen humo» (146).

mujeres?: «Por todas estas tierras, los que tenían guerras con los otros se hacían luego amigos para veniros a recibir y traernos todo cuanto tenían, y de esta manera dejamos toda la tierra en paz» (195-196). Y, sobre todo, ¿no afirma Álvar Núñez Cabeza de Vaca que fabrica peines y esteras y curte pieles?: «Contrataba con estos indios haciéndoles peines, y con arcos y con flechas y con redes hacíamos esteras [...]. Otras veces me mandaban raer cueros y ablandarlos» (162). ¿No llega a ser vendedor ambulante, una actividad que los pueblos amerindios de los territorios del actual Texas y del norte de México daban a las mujeres (Wade, 1999: 339)? Como compartió la vida cotidiana de las mujeres, Álvar Núñez Cabeza de Vaca es capaz de proponer estas descripciones etnográficas tan alejadas de la pintura tradicional de las mujeres indígenas como criaturas libidinosas. Quizás haya aquí las primicias de una reconsideración igualitaria de los géneros, tanto más cuanto que el antiguo náufrago no presenta la realización de todas estas tareas femeninas como la «degradación» que supone en las mentalidades españolas de aquella época, de la que aún parece indignarse Alejandro González Acosta (1995: 173). Si Álvar Núñez Cabeza de Vaca se queja del trabajo agotador al que se ve sometido como esclavo relegado a una condición similar a la de las mujeres, reconoce también que el comercio, en particular, le ofreció una gran libertad:

[...] con ellos me sucedió algo mejor; y porque yo me hice mercader, procuré de usar el oficio lo mejor que supe, y por esto ellos me daban de comer y me hacían buen tratamiento y rogábanme que me fuese de unas partes a otras por cosas que ellos habían menester [...] y este oficio me estaba a mí bien, porque andando en él tenía libertad para ir donde quería y no era obligado a cosa alguna, y no era esclavo, y dondequiera que iba me hacían buen tratamiento y me daban de comer por respeto de mis mercaderías [...]. Holgaban mucho cuando me veían y les traía lo que habían menester, y los que no me conocían me procuraban y deseaban ver por mi fama. (133-134)

Si no cabe duda de que la transculturación está presente en el proceso identitario de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, uno puede interrogarse, sin embargo, sobre el nivel de esta transformación. Dado que convivió con los indígenas durante tantos años, que conoce tan bien sus ritos, sus costumbres, sus idiomas, pero también sus sufrimientos y aspiraciones, ya no puede asumir el papel del conquistador. Esto explica que, al final de *Naufragios*, aboga por una evangelización no violenta: «por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídas a ser cristianos y a obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto, y otro no» (199); «Despedidos los indios, nos dijeron que harían lo que mandábamos, y asentarían sus pueblos si los cristianos los dejaban; y yo así lo digo y afirmo por muy cierto que si no lo hicieren será por culpa de los cristianos» (206). Se trata de un proyecto similar al defendido por Bartolomé de Las Casas, como subrayan numerosos investigadores (Barrera López y Mora Valcárcel, 1983: 340, 353; Adorno, 1993: 341-342; 1994: 84; Rabasa, 1994: 53, 60; Barrera López, 2001: 31; Levin Rojo, 2004: 147; García Sierra, 2006: 292). En su *Apologética historia sumaria*, publicada después de su muerte pero terminada a mediados de los años 1550, el dominico se apoyará en el relato y la experiencia del antiguo tesorero real para señalar que las poblaciones indígenas de Florida desconocían los sacrificios humanos y

que, por consiguiente, antes que combatirlos era necesario evangelizarlos pacíficamente (Las Casas, 1566: 1693-1695).

Esta preocupación filantrópica de Álvar Núñez Cabeza de Vaca fue rechazada por algunos críticos, entre los cuales Juan Francisco Maura (1988: 29) y Carlos A. Jáuregui (2016: 176), no por su humanismo sino porque respondería de manera intencionada a los diseños de la corona española en aquel momento. En efecto, Carlos V quería limitar el poder y la influencia de los encomenderos que tomaban demasiadas libertades y *Naufragios* aborda precisamente en el capítulo XXXIV las consecuencias de la mala conducta de los conquistadores de la frontera de Nueva Galicia donde los indígenas, dispuestos a la evangelización²⁸, fueron reducidos a la esclavitud:

Venidos adonde yo estaba, Alcaraz me rogó que enviásemos a llamar la gente de los pueblos que están a la vera del río, que andaban escondidos por los montes de la tierra, y que les mandásemos que trajesen de comer, aunque esto no era menester, porque ellos siempre tenían cuidado de traernos todo lo que podían. Enviamos luego nuestros mensajeros a que los llamasen, y vinieron seiscientas personas, que nos trajeron todo el maíz que alcanzaban [...]. Después de esto pasamos muchas y grandes pependencias con ellos [los cristianos], porque nos querían hacer los indios que traíamos esclavos [...]. Después que hubimos enviado a los indios en paz, y regraciándoles el trabajo que con nosotros habían pasado, los cristianos nos enviaron, debajo de cautela, a un Cebreros, alcalde, y con él otros dos, los cuales nos llevaron por los montes y despoblados, por apartarnos de la conversación de los indios, y porque no viésemos ni entendiésemos lo que de hecho hicieron; donde parece cuánto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andábamos a les buscar libertad, y cuando pensábamos que la teníamos, sucedió tan al contrario, porque tenían acordado de ir a dar en los indios que enviábamos asegurados y de paz. (204-207)

28.- En el capítulo XXXVI, Álvar Núñez Cabeza de Vaca recuerda la evangelización fácil de los indígenas: «Como los indios se volvieron, todos los de aquella provincia, que eran amigos de los cristianos, como tuvieron noticia de nosotros, nos vinieron a ver, y nos trajeron cuentas y plumas, y nosotros les mandamos que hiciesen iglesias, y pusiesen cruces en ellas, porque hasta entonces no las habían hecho; e hicimos traer los hijos de los principales señores y bautizarlos; y luego el capitán hizo pleito homenaje a Dios de no hacer ni consentir hacer entrada ninguna, ni tomar esclavo por la tierra y gente que nosotros habíamos asegurado, y que esto guardaría y cumpliría hasta que Su Majestad y el gobernador Nuño de Guzmán, o el virrey en su nombre, proveyesen en lo que más fuese servido de Dios y de Su Majestad. Y después de bautizados los niños, nos partimos para la villa de San Miguel, donde, como fuimos llegados, vinieron indios, que nos dijeron cómo mucha gente bajaba de las sierras y poblaban en lo llano, y hacían iglesias y cruces y todo lo que les habíamos mandado; y cada día teníamos nuevas de cómo esto se iba haciendo y cumpliendo más enteramente. Pasados quince días que allí habíamos estado, llegó Alcaraz con los cristianos que habían ido en aquella entrada, y contaron al capitán cómo eran bajados de las sierras los indios, y habían poblado en lo llano, y habían hallado pueblos con mucha gente, que de primero estaban despoblados y desiertos, y que los indios les salieron a recibir con cruces en las manos, y los llevaron a sus casas, y les dieron de lo que tenían, y durmieron con ellos allí aquella noche. Espantados de tal novedad, y de que los indios les dijeron cómo estaban ya asegurados, mandó que no les hiciesen mal, y así se despidieron. Dios nuestro Señor por su infinita misericordia, quiera que en los días de Vuestra Majestad y debajo de vuestro poder y señorío, estas gentes vengán a ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor que las crió y redimió. Lo cual tenemos por cierto que así será, y que Vuestra Majestad ha de ser el que lo ha de poner en efecto (que no será difícil de hacer); porque dos mil leguas que anduvimos por tierra y por la mar en las barcas, y otros diez meses que después de salidos de cautivos, sin parar, anduvimos por la tierra, no hallamos sacrificios ni idolatría» (212-213).

No hay que olvidar que en la misma línea que las Leyes de Burgos de 1512 que prohíben los malos tratos contra los indígenas y su esclavitud²⁹, el año de la primera edición de *Naufragios* (1542) ve la promulgación de las Leyes Nuevas. Se trata de 54 artículos cuyos objetivos principales son reformar el sistema administrativo del «Nuevo Mundo» (reorganización del funcionamiento del Consejo de Indias, reestructuración de la organización territorial), mejorar las condiciones de vida de los pueblos indígenas y suprimir el sistema de la encomienda. Para María Juliana Gandini (2013: 37), la concesión del *Privilegio Real* a la segunda edición de *Naufragios* en 1555 se inscribiría en este deseo real de promover obras que sirven sus intereses. ¿La conquista pacífica sólo sería otro indicio del oportunismo de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca? Demuestra lo contrario su actitud en Paraguay donde intenta, sin éxito, limitar los abusos de los españoles contra los pueblos indígenas.

Si no creo que haya que poner en duda, en este caso, la sinceridad de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, cabe subrayar, sin embargo, que esta preocupación por una conquista pacífica signifique que se haya convertido totalmente al mundo indígena. Por un lado, no está aislado completamente ya que encuentra de vez en cuando a otros supervivientes como Lope de Oviedo, Alonso del Castillo, Andrés Dorantes o Estabanico y, por otra parte, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca siempre afirma su deseo de reencontrar a los suyos. En el capítulo XXII, explica por otra parte —pero ¿no se trata de una nueva táctica retórica?— que fue su fe cristiana la que le permitió aguantar tantas penas: «De mí sé decir que siempre tuve esperanza en su misericordia que me había de sacar de aquella cautividad, y así yo lo hablé siempre a mis compañeros» (156). Los indígenas, a quienes quiere someter al poder religioso occidental al evangelizarlos, también se designan a menudo por la expresión «aquella(s) gente(s)» que los distancia, aunque «esta(s) gente(s)» resulta más frecuente. Total, es un ser cambiado, indianizado, quien regresa a España en 1537, pero su transformación espiritual no es total al contrario, por ejemplo, de Gonzalo Guerrero, un antiguo náufrago que se asimiló en una tribu maya hasta negarse a volver con los españoles y morir en una batalla contra ellos.

Conclusión

Para concluir, espero que he mostrado que *Naufragios* es un texto ambiguo cuyas informaciones, que se presentan como el fiel reflejo de la realidad, deben considerarse con prudencia. Más allá de los recuerdos aproximativos y hasta erróneos producidos por los años que separan el principio del periplo de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca de la primera

29.— Estas Leyes de Burgos constituyen el punto de partida de numerosas medidas destinadas a mejorar la situación de los indígenas. Las ordenanzas del 22 de diciembre de 1520 prohíben insultar, violentar y apropiarse del botín de los indígenas. En junio de 1521, nuevas ordenanzas de junio de 1521 reiteran los derechos de los pueblos autóctonos. El 26 de marzo de 1523, los jerónimos obtienen que la esclavitud se limite a los cautivos de guerra y a todos aquellos que no quieren someterse. El 4 de diciembre de 1528, Carlos V firma en Toledo ordenanzas que prohíben la deportación de los indígenas fuera y dentro de su país, así como el transporte de cargas por los indígenas y el trabajo en las minas. En junio de 1537, dos bulas papales reafirman que los habitantes de las Indias occidentales son criaturas razonables, aptas a la cristianización y que, por lo tanto, está prohibido esclavizarlos. Todas estas ordenanzas y medidas que se suceden y se repiten a lo largo de los años muestran cuánto la condición de los indígenas sigue siendo un problema sin resolver.

edición de su obra³⁰, los numerosos silencios y elipses, a veces claramente señalados por el autor³¹, dificultan la empresa. ¿Dichas omisiones traducen una mera voluntad narrativa o se trata de una autocensura para no revelar situaciones o comportamientos inadecuados? Privilegio la segunda hipótesis. Así, por ejemplo, Álvar Nuñez Cabeza de Vaca no menciona a ninguna conquista femenina durante todos estos años. Si a Alejandro González Acosta (1995: 181) le parece normal que el hidalgo español no hable de este asunto por su condición de conquistador fallido o, según Dionisio Ridruejo (1969: 17), porque es una persona púdica, la supuesta abstinencia del hidalgo depende ciertamente de una voluntad de perfeccionar su imagen de hombre probo. Asimismo, ¿por qué Álvar Núñez Cabeza de Vaca no dice casi nada acerca de lo que hizo mientras esperaba a Lope de Oviedo? Otra pregunta sin respuesta: una vez en España, ¿por qué quiere regresar tan rápidamente donde conoció tantas desgracias? En este contexto, no sorprende que, algunos años después de la publicación de *Naufragios*, el perspicaz historiador español Gonzalo Fernández de Ovido (*apud*. Maura, 2013: 97-98) haya apuntado las incoherencias del texto y afirmado que creía más en las informaciones contenidas en la *Relación conjunta*: «en alguna manera yo tengo por buena la relación delos tres y por mas clara que e otra quel uno solo haze e hizo imprimir puesto que como digo yo tomo della e del mismo Auctor Cabeça de Vaca lo que en este capitulo el añade».

Bibliografía

- ACUTIS, Cesare (1993): «La inconfesable utopía», *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, edición de Margo Glantz, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo, pp. 49-55.
- ADORNO, Rolena (1992a): «Cómo leer Mala Cosa : mitos caballerescos y amerindios en los *Naufragios* de Cabeza de Vaca», *Crítica y descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, edición de Beatriz González Stephan y Lucía Helena Costigan, Caracas, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, pp. 87-107.
- (1993): «La negociación del miedo en los *Naufragios* de Cabeza de Vaca», *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, edición de Margo Glantz, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo, pp. 309-350.
- (1994): «Peaceful Conquest and Law in the *Relación* (Account) of Álvar Núñez Cabeza de Vaca», *Coded Encounters. Writing, Gender, and Ethnicity in Colonial Latin America*, edición de Francisco Javier Cevallos-Candau, Jeffrey A. Cole, Nina M. Scott y Nicomedes Suárez-Araúz, Amherst, University of Massachusetts Press, pp. 75-86.

30.— Según Giorgio Serra (2005), esto explicaría «las reiteraciones, las omisiones, los saltos cronológicos que aparecen con frecuencia», una opinión compartida en particular por Enrique Pupo-Walker (1992b: 90). Sin embargo, en un momento por lo menos, de manera muy sorprendente, es capaz de dar una fecha muy precisa mientras que vive con los indígenas desde hace ya muchos años: «Yo dije a los otros compañeros que yo los esperaba en las tunas hasta que la luna fuese llena, y este día era primero de septiembre y primero día de luna» (148-149).

31.— Por ejemplo: «Dejo aquí de contar esto más largo, porque cada uno puede pensar lo que se pasaría en tierra tan extraña y tan mala, y tan sin ningún remedio de ninguna cosa, ni para estar ni para salir de ella» (103); «Cuento esto así brevemente, porque no creo que haya necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos» (108); «Otras extrañas costumbres tienen; mas yo he contado las más principales y más señaladas por pasar adelante y contar lo que más nos sucedió» (131).

- ADORNO, Rolena et Patrick Charles PAUTZ (1999): *Álvar Núñez Cabeza de Vaca. His Account, His Life, and the Expedition of Pánfilo de Narváez*, Lincoln, University of Nebraska Press, Tomos I, II et III.
- AGNEW, Michael (2003): «Zarzas, calabazas y cartas de relación: el triple peregrinaje imperialista de Álvar Núñez Cabeza de Vaca (Jerusalén, Compostela y Roma)», *Revista canadiense de estudios hispánicos*, Volumen XXVII, n°2, pp. 217-240.
- BALUTET, Nicolas (2003): «Rencontres du troisième genre au sud du Río Grande. Ombres de la conquête et oubliés de l'Histoire», *Cauces. Revue d'études hispaniques*, n°4, pp. 35-44.
- (2006): «L'importance des nains chez les anciens Mayas», *Revue d'études culturelles*, n°2, pp. 31-40.
- (2008): «La poésie au service de la politique dans le *Laberinto de fortuna* de Juan de Mena», *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, Monterrey, n°25, pp. 13-27.
- (2009): «La importancia de los enanos en el mundo maya precolombino», *Indiana*, n°26, pp. 81-103.
- (2016): «Enquête sur une énigme anthropologique: les berdaches dans la Mésoamérique ancienne», *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, n°35-36, pp. 65-88.
- BANDELIER, Adolph F. (2016): «Los Naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca», *Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, n°94, pp. 3-11.
- BARRERA LÓPEZ, Trinidad (2001): «Introducción», *Naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, edición, introducción y notas de Trinidad Barrera López, Barcelona, Alianza Editorial, pp. 7-57.
- BARRERA LÓPEZ, Trinidad y Carmen DE MORA VALCÁRCEL (1983): «Los Naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca: entre la crónica y la novela», *Andalucía y América en el siglo XVI. Actas de las II Jornadas de Andalucía y América*, edición de Bibiana Torres Ramírez y José Hernández Palomo, La Rábida, CSIC, Volumen II, pp. 331-364.
- BELLINI, Giuseppe (2010): «La aventura de Álvar Núñez Cabeza de Vaca a la Florida», *Studi di Letteratura Ispano-americana*, n°41-42, pp. 7-23.
- BERTI, Agustín (2000): «Definiciones e implicancias del *hombre americano: Viajes de Cristóbal Colón y Naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca*», *I Jornadas de Estudiantes y Egresados de Filosofía, Historia y Letras*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba [<https://www.academica.org/agustin.beriti/30.pdf>] (consultado el 26 de diciembre de 2017).
- Biblia: La Biblia en Internet* [<https://www.biblija.net/biblija.cgi?l=es>] (consultado el 29 de enero de 2019).
- BOST, David Herbert (1982): *History and Fiction: The Presence of Imaginative Discourse in Some Historical Narratives of Colonial Spanish America*, Tesis de Doctorado, Nashville, Vanderbilt University.
- BRUCE-NOVOA, Juan (1993): «Naufragios en los mares de la significación: de *La Relación de Cabeza de Vaca* a la literatura chicana», *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, edición de Margo Glantz, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo, pp. 291-308.
- CAMPBELL, T. N. y T. J. CAMPBELL (1981): «Historic Indian Groups of the Choke Canyon Reservoir and Surrounding Area, Southern Texas», *Index of Texas Archaeology: Open Access Gray Literature from the Lone Star State*, n°24 [<http://scholarworks.sfasu.edu/ita/vol1981/iss1/24>] (consultado el 12 de febrero de 2018).
- CARREÑO, Antonio (1987): «Naufragios, de Álvar Núñez Cabeza de Vaca: una retórica de la crónica colonial», *Revista Iberoamericana*, n°140, pp. 499-516.
- CARILLA, Emilio (1966): «La novela bizantina en España», *Revista de Filología Española*, Volumen XLIX, n°1, pp. 275-287.
- CASTILLO HERNÁNDEZ, Estela (2006): «La configuración de un santo en *Naufragios*: el caso de Álvar Núñez Cabeza de Vaca», *Contrapunto*, n°3, pp. 48-61.

- CORDIVIOLA, Alfredo (2001): «La palabra expuesta: los *Naufragios* de Cabeza de Vaca», *Anuario brasileño de estudios hispánicos*, n°11, pp. 153-160.
- DOCTER, Mary (2008): «Enriched by Otherness: The Transformational Journey of Cabeza de Vaca», *Christianity and Literature*, Volumen LVIII, n°1, pp. 3-27.
- DOWLING, Lee W. (1984): «Story vs. Discourse in the Chronicle of the Indies: Álvaro Núñez Cabeza de Vaca's *Relación*», *Hispanic Journal*, Volumen V, n°2, pp. 89-99.
- ECHARRI, Andrés (2007): «La doble construcción de infancia en los *Naufragios* de Cabeza de Vaca», *Espéculo. Revista de estudios literarios*, n°35 [<http://webs.ucm.es/info/especulo/numero35/cabvaca.html>] (consultado el 26 de diciembre de 2017).
- FAVATA, Martin A. y José B. FERNÁNDEZ (1993): «Introduction», *The Account: Álvaro Núñez Cabeza de Vaca's Relación* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, edición y traducción de Martin A. Favata y José B. Fernández, Houston, Arte Público Press, pp. 11-20.
- FERNÁNDEZ, Daniel R. (2009): «De Álvaro Núñez Cabeza de Vaca o las aventuras y *Naufragios* de la autorrepresentación», *Boletín de la Academia Norteamericana de la Lengua Española*, n°11, pp. 33-51.
- FERNÁNDEZ, José B. (1976): «Opposing Views of *La Florida* – Álvaro Núñez Cabeza de Vaca and El Inca Garcilaso de la Vega», *Florida Historical Quarterly*, n°55, pp. 170-180.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo (1851): *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierras Firmes del Mar Océano*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- FERRANDO, Roberto (1984): «Introducción», *Naufragios y Comentarios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, edición de Roberto Ferrando, Madrid, Historia 16, pp. 7-38.
- GANDINI, María Juliana (2013): «Fuerzas locales, espacios atlánticos, horizontes globales: Álvaro Núñez Cabeza de Vaca conectando mundos», *Traversea. The Journal of Transatlantic History*, n°3, pp. 32-43 [<https://journals.tdl.org/traversea/index.php/traversea/article/view/18/18>] (consultado el 26 de diciembre de 2017).
- GARCÍA SIERRA, Begoña Leticia (2006): «*Naufragios* de Álvaro Núñez: del discurso del fracaso a la aventura antropológica», *Actas del VII Congreso de la AISO*, pp. 287-292.
- GÓMEZ GALISTEO, Carmen (2009): «Representing Native American Women in Early Colonial American Writings: Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, Juan Ortiz and John Smith», *SEDERI*, n°19, pp. 23-43.
- (2011): «Subverting Gender Roles in the Sixteenth Century. Cabeza de Vaca, the Conquistador Who Became a Native American Woman», *Gender and Sexuality in Indigenous North America (1400-1850)*, edición de Sandra Slater y Fay A. Yarbrough, Columbia, The University of South Carolina Press, pp. 11-29.
- (2013): *Early Visions and Representations of America. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca's Naufragios and William Bradford's Of Plymouth Plantation*, New York, Bloomsbury.
- González, Javier Roberto (1999): «*Mal Hado – Malfado*. Reminiscencias el *Palmerín de Olivia* en los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Káñina. Revista de Artes y Letras*, Volumen XXIII, n°2, pp. 55-66.
- GONZÁLEZ ACOSTA, Alejandro (1995): «Álvaro Núñez Cabeza de Vaca: náufrago y huérfano», *Cuadernos Americanos*, Volumen IX, n°49, pp. 165-199.
- HANSEN ESPLIN, Marlène (2007): «El desplazamiento de binarismos y la función retórica de «la hibridez» en *Naufragios*», *Atenea*, Volumen XXVII, n°1, pp. 135-147.
- HART, Billy T. (1974): *A Critical Edition with a Study of the Style of La Relación* by Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, Tesis de Doctorado, Los Ángeles, University of Southern California.
- INVERNIZZI SANTA CRUZ, Lucía (1987): «*Naufragios* e *Infortunios*: discurso que transforma fracasos en triunfos», *Revista Chilena de Literatura*, n°29, pp. 7-22.

- JÁUREGUI, Carlos A. (2014): «Cabeza de Vaca, Mala Cosa y las vicisitudes de la extrañeza», *Revista de Estudios Hispánicos*, n°48, pp. 421-447.
- (2016): «Going Native, Going Home. Ethnographic Empathy and the Artifice of Return in Cabeza de Vaca's *Relación*», *Colonial Latin American Review*, Volumen XXV, n°2, pp. 175-199.
- JIMÉNEZ NÚÑEZ, Alfredo (2005): «Cuando la realidad supera a la ficción. Los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, Volumen LX, n°1, pp. 109-121.
- JONG LEE, Kun (1999): «Paulina Typology in Cabeza de Vaca's *Naufragios*», *Early American literature*, n°34, pp. 241-262.
- JUAN-NAVARRO, Santiago (1999): «Los mitos culturales de la otredad: revisiones contemporáneas de los *Naufragios* de Cabeza de Vaca», *Letras. Revista do Curso de Mestrado em Letras da UFSM*, n°18-19, pp. 201-224.
- LAFAYE, Jacques (1962): «Les miracles d'Álvar Núñez Cabeza de Vaca (1527-1536)», *Mélanges offerts à Marcel Bataillon par les hispanistes français*, Burdeos, Féret & Fils, pp. 136-153.
- LAGMANOVICH, David (1978): «Los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca como construcción narrativa», *Kentucky Romance Quarterly*, Volumen XXV, n°1, pp. 27-37.
- LAS CASAS, Bartolomé de (1566): *Apologética historia sumaria* [http://www.ellibrototal.com/lto-tal/?t=1&d=4072_4167_1_1_4072] (consultado el 9 de febrero de 2018).
- LESFARGUES, Bernard et Jean-Marie Auzias (1979): «Introduction au voyage et à la Relation», *Relation de voyage de Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, traducción y comentarios de Bernard Lesfargues y Jean-Marie Auzias, prefacio de Yves Berger, Arles, Actes Sud, pp. 21-40.
- LEVIN ROJO, Danna (2004): «La configuración del fracaso en la obra y hazañas de Álvar Núñez Cabeza de Vaca», *Fuentes Humanísticas*, Volumen XVI, n°28, pp. 135-151.
- LEWIS, Robert E. (1982): «Los *Naufragios* de Álvar Núñez: historia y ficción», *Revista Iberoamericana*, n°120-121, pp. 681-694.
- LITVAK, Lily (2013): «*Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca», *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Artes*, n°162, pp. 367-374.
- LÓPEZ, Flor Leticia (2005): «Cabeza de Vaca: Ni mesías, ni apóstol, ni santo», *In Verso. Literary Journal*, n°5 [<https://www.csun.edu/inverso/Issues/Issue%205/LOPEZ.htm>] (consultado el 12 de enero de 2018).
- LOVELAND, Franck (2000): «La construcción del tiempo en *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca», *Escritos. Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, n°21, pp. 77-90.
- LOVELL, W. George (2001): «En busca de Cabeza de Vaca», *Mesoamérica*, n°42, pp. 280-286.
- MALINOWSKI, Bronislaw (2002): «Introducción», *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar de Fernando Ortiz*, edición de Enrico Mario Santí, Madrid, Cátedra, pp. 123-133.
- MARESOVÁ, Jaroslava (2013): «Álvar Núñez Cabeza de Vaca y Gaspar Alfonso: escrituras de dos peregrinos por el Nuevo Mundo», *Diálogos culturas en la literatura iberoamericana*, edición de Concepción Reverte Bernal, Madrid, Verbum, pp. 161-172.
- MARIANI, Catherine (2012): *Un conquistador à la découverte de l'autre: les Naufragios d'Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, Tesis de Doctorado, París, Université de la Sorbonne nouvelle – Paris 3.
- MARRERO-FENTE, Raúl (1999): «La estructura retórica del «prohemio» a los *Naufragios*», *Romance Notes*, Volumen XXXIX, n°2, pp. 223-228.
- MAURA, Juan Francisco (1988): *Los Naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca o el arte de la auto-mitificación*, México, Frente de Afirmación Hispanista.
- (1995): «Veracidad en los *Naufragios*: la técnica narrativa de Álvar Núñez Cabeza de Vaca», *Revista Iberoamericana*, n°170-171, pp. 187-195.
- (2000): «Introducción», *Naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, edición de Juan Francisco Maura, Madrid, Cátedra, pp. 7-72.

- MAURA, Juan Francisco (2004): «Nuevas aportaciones documentales para la biografía de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Bulletin Hispanique*, n°2, pp. 645-685.
- (2011a): *El gran burlador de América: Álvaro Núñez Cabeza de Vaca*, Valencia, Parnaseo.
- (2011b): «Caballeros y rufianes andantes en la costa atlántica de los Estados Unidos de América: Lucas Vázquez de Ayllón y Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Revista canadiense de estudios hispánicos*, Volumen XXXV, n°2, pp. 306-328.
- (2013): «El libro 50 de la *Historia General y Natural de las Indias* («Infortunios y Naufragios») de Gonzalo Fernández de Oviedo (1535): ¿génesis e inspiración de algunos episodios de *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca (1542)?», *Lemir*, n°17, pp. 87-100.
- MENGET, Patrick (1980): «Introduction», *Naufrages et relation du voyage fait en Floride. Commentaires de l'adelantado et gouverneur du Rio de la Plata de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca*, introducción, notas y traducción de Patrick Menget, París, Fayard, pp. 7-48.
- MOLLOY, Sylvia (1982): «Formulación y lugar del yo en los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Actas del VII Congreso de la AIH*, Volumen II, pp. 761-766.
- (1987): «Alteridad y reconocimiento en los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Volumen XXXV, n°2, pp. 425-449.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Álvaro (2000): *Naufragios*, edición de Juan Francisco Maura, Madrid, Cátedra.
- ORTIZ, Ann M. (1995): *The Prophetic Dimension of The Naufragios of Álvaro Núñez Cabeza de Vaca*, Tesis de Doctorado, Chapel Hill, University of North Carolina.
- ORTIZ, Fernando (2002): *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, edición de Enrico Mario Santí, Madrid, Cátedra.
- PASTOR, Beatriz (1983): *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas.
- PEÑA FERNÁNDEZ, Francisco (2007): «El otro héroe. *Naufragios* de Cabeza de Vaca como palimpsesto bíblico», *Revista de la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones*, Volumen I, n°1, pp. 179-194.
- PRIETO CALIXTO, Alberto (2001): «Los cautiverios de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Castilla. Estudios de literatura*, n°26, pp. 105-119.
- PUPO-WALKER, Enrique (1989): «Los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y la narrativa de viajes: ecos de la codificación literaria», *Los hallazgos de la lectura: estudio dedicado a Miguel Enguídanos*, edición de John Crispin, Enrique Pupo-Walker y Luis Lorenzo-Rivero, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, pp. 63-83.
- (1990): «Notas para la caracterización de un texto seminal: Los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Volumen XXXVIII, n°1, pp. 163-196.
- (1992a): «Sección introductoria», *Los Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, Madrid, Castalia, pp. 9-80.
- (1992b): «Valoraciones del texto», *Los Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, Madrid, Castalia, pp. 81-154.
- RABASA, José (1994): «Allegory and Ethnography in Cabeza de Vaca's *Naufragios* and *Comentarios*», *Violence, Resistance and Survival in the Americas. Native Americans and the Legacy of Conquest*, edición de William B. Taylor y Franklin Pease G. Y., Washington, Smithsonian Institution Press, pp. 40-66.
- RIDRUEJO, Dionisio (1969): «Las aventuras de Álvaro Núñez», *Naufragios y Comentarios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, edición de Dionisio Ridruejo, Madrid, Taurus, pp. 7-20.
- RIVERA MARTÍNEZ, Edgardo (1993): «Singularidad y carácter de los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Volumen XIX, n°38, pp. 301-315.

- ROSES LOZANO, Joaquín (1990): «La cronología en *Naufragios*: ¿Naufragios del tiempo?», *Anales de literatura hispanoamericana*, n°19, pp. 29-38.
- SAINT-LU, Jean-Marie (2003): «Introduction», *Relation et commentaires du gouverneur Álvaro Núñez Cabeza de Vaca sur les deux expéditions qu'il fit aux Indes* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, traducción de H. Ternaux-Compans, edición de Jean-Marie Saint-Lu, París, Mercure de France, pp. 11-35.
- SALLMANN, Jean-Michel (2016): *Indiens et conquistadores en Amérique du Nord. Vers un autre Eldorado*, París, Éditions Payot & Rivages.
- SANCHO DE SOPRANIS, Hipólito (1947): «Datos para el estudio de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Revista de Indias*, n°8, pp. 69-102.
- (1963): «Notas y documentos sobre Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Revista de Indias*, Volumen XXIII, n°91-92, pp. 207-241.
- SERRA, Giorgio (2005): «De lo cronístico y lo ficcional en los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Lemir. Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, n°9 [<http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista9/Serra/Serra.pdf>] (consultado el 27 de diciembre de 2017).
- SOREN TRIFF, Eduardo (1990): «*La Relación o Naufragios* de Álvaro Núñez: historia y persuasión», *Confluencia*, Volumen V, n°2, pp. 61-67.
- SPITTA, Silvia (1993): «Chamanismo y cristiandad: una lectura de la lógica intercultural de los *Naufragios* de Cabeza de Vaca», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Volumen XIX, n°38, pp. 317-330.
- STOLL, Eva (1994): «Observaciones sobre las tradiciones discursivas en la historiografía indiana: los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Lengua y cultura en el Caribe hispánico*, edición de Jens Lüdtke y Matthias Perl, Tübingen, Niemeyer, pp. 77-89.
- TEGLIA, Vanina M. (2016): «Cautiverio y simbolización literaria del contacto en *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Viajes, desplazamientos e interacciones culturales en la literatura latinoamericana. De la conquista a la modernidad*, edición de Beatriz Colombi, Buenos Aires, Biblos, pp. 37-49.
- TOURATIER, Christian (1994): «Les problèmes de l'emprunt», *L'Emprunt*, Aix-en-Provence, Université de Provence, pp. 11-22.
- TRIANO POUSO, Manuel (2013): «*Naufragios*, un best seller de 1542», *Revista General de Marina*, Volumen CCLXV, n°5, pp. 821-828.
- UZCÁTEGUI M., Laura (2010): «El saber transmitido. De la *Naturalis Historia* de Plinio el Viejo a *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Lemir*, n°14, pp. 247-258 [http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista14/14_Uzategui_Laura.pdf] (consultado el 27 de diciembre de 2017).
- WADE, Mariah (1999): «Go-Between. The Roles of Native American Women and Álvaro Núñez Cabeza de Vaca in Southern Texas in the 16th Century», *Journal of American Folklore*, Volumen CXII, n°445, pp. 332-342.
- WEIL, Françoise (1984): «La relation de voyage: document anthropologique ou texte littéraire», *Histoires de l'anthropologie: XVI^{ème}-XIX^{ème} siècles*, edición de Britta Rupp-Eisenreich, París, Klincksieck, pp. 55-65.